

# Imprenta y negocio del libro en la Barcelona del siglo XVIII. La casa Piferrer

F. Xavier Burgos / Manuel Peña

Un estudio en torno a la historia de la cultura del libro adquiere pleno significado si se integra en una perspectiva más compleja que intenta conocer la cultura escrita, procurando captar lo que Armando Petrucci ha denominado "*difusión social*" y "*función social*" de la lectura y la escritura<sup>1</sup>.

La "*difusión social*" plantea al historiador la necesidad de descubrir y analizar los mecanismos de enseñanza, la extensión social de los que poseen el conocimiento de la lectura y la escritura y la identificación del "*muestrario ideológico de los productos gráficos*". De éstos, el más destacado probablemente sea el impreso y en particular el libro, que irá ganando con el paso del tiempo presencia y relevancia social y cultural.

En cuanto a la "*función social*" nos referimos al significado social que en un momento histórico dado adquiere la posesión del saber leer y escribir, y de qué manera o en qué medida es un factor que facilita la movilidad y el prestigio social.

Pero acotemos más nuestro terreno de investigación. Todos estos conceptos teóricos esconden tras de sí un macroproyecto que sólo es posible realizar a través de un trabajo en equipo. Múltiples limitaciones se han encargado de reducir el problema, para centrarlo en la difusión de la lectura, y en concreto, en uno de sus máximos soportes: el impreso, representado sobre todo por el libro. En él se refleja una parte

importante de la producción de ideas, originadas ya sea de forma individual, o a través de la acción de instituciones culturales de carácter y ámbito diverso y que nos puede servir de magnífica atalaya que ayude a comprender mejor la compleja realidad ideológico-cultural de una época.

Por esto, un primer gran bloque de interés debe dirigirse a procurar "*censar-analizar la producción de cultura*" que utiliza como cauce de expresión el medio escrito y, como vehículo de difusión el impreso, verdadero multiplicador, en potencia, de las posibilidades de acceder a un público mucho más amplio y complejo.

Esto nos sitúa ante una segunda cuestión que pretendemos sea el objeto central de nuestro proyecto de investigación: "*censar-analizar la difusión de la cultura del libro*"<sup>2</sup>. Es obvio, que uno de los cauces básicos de su difusión son las imprentas y librerías.

El libro es producto manufacturado, mercancía para el comercio y transmisor de unos contenidos concretos. Por ello, consideramos más completo y satisfactorio abordar su problemática desde dos ámbitos diferentes a los practicados por la tradicional historia del libro erudito. En primer lugar, acometiendo la realización de una verdadera historia de las empresas editoriales, de los talleres de impresión y las librerías, con el fin de conocer las condiciones materiales de su producción y comercialización, en las que confluyen aspectos jurídicos y organizativos, intereses económico-comerciales y políticos, propuestas culturales y controles ideológicos. No nos ha de interesar únicamente como índice y factor importante del cambio de una sociedad en el terreno político e ideológico-cultural, sino también, como manufactura que, producida por un determinado tipo de empresa, manifiesta cambios en su evolución y dificultades en su desarrollo, en íntima relación con el contexto y la situación socioeconómica en la que se inserta.

En segundo lugar, una historia de la lectura y de los lectores, de los contenidos y de su divulgación social a través del vehículo del libro. Se trata de definir desde una perspectiva cuantitativa y cualitativa la oferta de las imprentas (su producción tipográfica) y las librerías, para reconocer sus "políticas de edición" a fin de llegar a establecer las diferencias entre los diversos establecimientos, y las posibles líneas comunes de actuación en la actividad editorial y su significado. De esta forma estaremos en mejores condiciones de explicitar la relación entre la oferta y la demanda que en buena parte se refleja en las estanterías de las bibliotecas particulares<sup>3</sup>, y en los contenidos concretos (cuando es posible averiguarlos a través de las facturas de envío) de la demanda comercial de mercados próximos, regionales o extranjeros. El libro, signo de diversidad intelectual, sirve de criterio con el que dibujar la jerarquía sociocultural de una comunidad concreta y sus grandes líneas de expresión cultural.

Enunciado en los términos propuestos por Adriana Lay, hay que abordar estas cuestiones como partes de un todo que se articula para responder a la pregunta de "*cuál es la función del libro como índice y elemento de cambio de una formación social*"<sup>4</sup>, un planteamiento en extremo ambicioso, pero objetivo obligado si queremos que una investigación de éste tipo tenga pleno sentido.

Hasta aquí, el proyecto de investigación que nos proponemos desarrollar sobre la cultura del libro en la Barcelona del XVIII.

En este artículo nos limitaremos a apuntar algunos aspectos sobre las condiciones de la difusión del impreso en la Barcelona del Setecientos. Y lo hacemos sirviéndonos de un mirador que, aunque parcial, es en muchos sentidos privilegiado: la dinastía de impresores-libreros Piferrer.

### La familia Piferrer

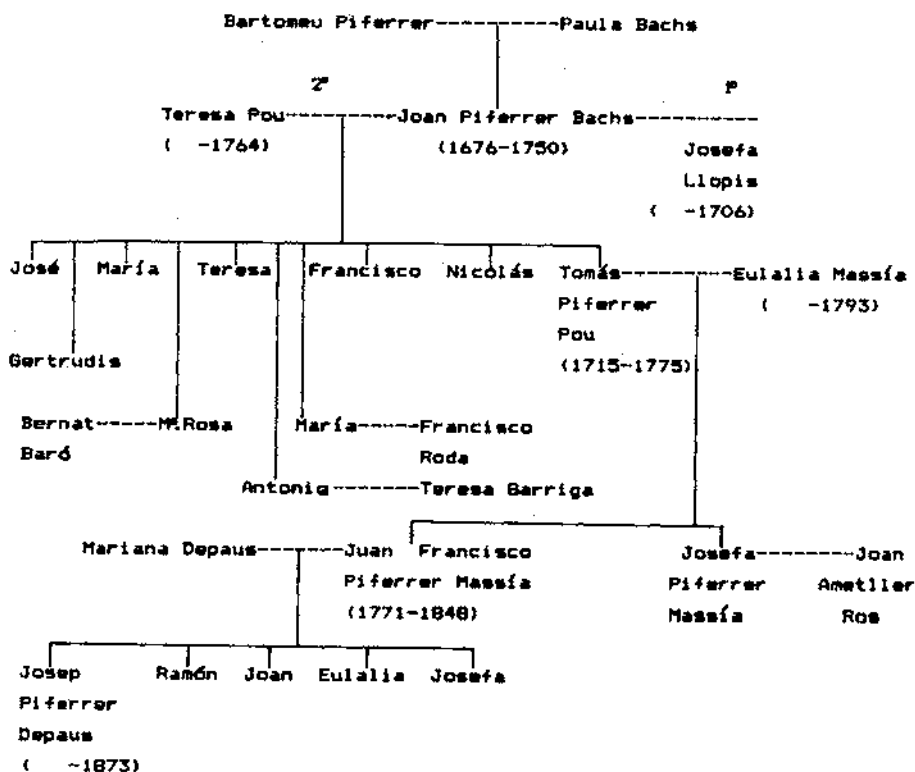
En la bibliografía sobre la imprenta y la librería españolas, los Piferrer forman parte del grupo de los "grandes" maestros que mejoraron notablemente la situación de la industria editorial española acortando distancias con respecto a la actividad editorial de Europa en la centuria ilustrada. Los Ibarra, Marín, Mena, Sanz y Sancha en Madrid, los Castilla, Padrino y Vázquez en Sevilla, los Monfort y Orga en Valencia, y los Piferrer, Martí y Suriá en Barcelona, formarían esa pléyade de tipógrafos, grabadores, encuadernadores y libreros que daría luz a una *segunda edad de oro* de la imprenta española<sup>5</sup>.

¿Qué tipo de familia fueron los Piferrer? Nada parece alejarlos de la imagen típica de familia catalana de Antiguo Régimen.

La vivienda de la Plaza del Angel, centro de la Casa Piferrer desde 1702 hasta su desaparición en 1868, fue ocupada por un círculo familiar integrado sólo por padres e hijos. Estos últimos permanecieron siempre en la casa paterna hasta que contrajeron nupcias y formaron su propio hogar.

A lo largo de su dilatada historia, los diversos cabezas de familia confirman, tanto en testamentos como en capítulos matrimoniales, una de las características de las relaciones familiares en Cataluña: la voluntad de control por parte de los padres<sup>6</sup>. Control que se expresa en la obligación que se le impone al *hereu* de que permanezca en el hogar después de casado, para que junto con su esposa "*treballan tot lo que puguen a utilitat de la Casa*" aún en vida del cabeza de familia. Otra obligación importante es que todos los demás hijos "*sean mantenidos en su casa y compañía por el heredero*" hasta que éstos estén "*acomodados*"<sup>7</sup>. Así pues, una familia de tipo nuclear a la que cabría

Cuadro n. 1  
La familia Piferrer



añadir el adjetivo de ensanchada dado que habitan en la vivienda personas ajenas al estricto círculo familiar. Nos referimos a las criadas y a un presbítero, al cual el heredero Juan Francisco deberá mantener en la vivienda *"en recompensa dels molts treballs que ha tingut per la conservació y auments de nostra Casa"*<sup>18</sup>. Se hace difícil averiguar el verdadero sentido de esta frase. En una lectura estricta podría interpretarse que Joan Bautista Plana —que así se llama el clérigo—, trabajó en beneficio de los negocios familiares. Es muy probable, pero lo es más que se dedicara a las preocupaciones espirituales de una familia, que a través de las disposiciones testamentales y del contenido de sus inventarios, con cuatro de sus miembros integrados en el clero regular y, como veremos, con una estrecha relación con destacadas instituciones eclesíásticas, parece expresar unas profundas convicciones religiosas.

La familia, establece toda una red de identificaciones y relaciones que sirven para autoafirmar su situación y su condición en la realidad

que la rodea. Pero, ¿de qué instrumentos se sirvieron para ello? Los Piferrer pasaron por tres etapas diferentes en su relación con el resto de la sociedad. Una primera, desde la fundación de la librería por Joan en 1702 hasta mediados de siglo, corresponde a la fase más profundamente integrada en la práctica artesanal. En la documentación, Joan aparece bajo la nominación de "*librero*" e "*impresor*", con tendencia a un predominio de la primera forma sobre la segunda, y en muy escasas ocasiones las dos a la vez. Hay que anotar que a partir de la década de los cuarenta, encontramos, y cada vez con mayor frecuencia, las palabras "*mercader de libros*", consecuencia probablemente del fortalecimiento del componente comercial de la librería<sup>9</sup>. La segunda etapa se iniciaría en 1763, año en el que Tomás obtuvo el título de "*Impresor Real*", elemento éste de identificación, de reforzamiento social y autoestima más empleado por la familia<sup>10</sup>. El título confirmó la apertura a nuevas y ascendentes relaciones sociales que corrieron paralelas con el crecimiento del negocio. Ya hacia finales de siglo y en plena etapa de expansión, la documentación nos revela un nuevo concepto: el de "*Casa*". El prestigio de la empresa familiar se afirma por la propia familia y se reconoce fuera de ella al utilizar el término de "*Casa Piferrer*". Roberto Fernández nos advierte de su importancia en la Barcelona del XVIII, como punto de referencia empleado por burgueses como los Milans o los Gloria para expresar así ante sus conciudadanos el poder económico y el prestigio social de sus familias<sup>11</sup>. Aun guardando con éstas una evidente distancia, los Piferrer eran propietarios de la imprenta-librería más grande de la Ciudad Condal (con lo que ello supone de reconocimiento social por parte de las élites ciudadanas ante el propio tamaño del negocio, combinado con el valor añadido de lo cultural como elemento de prestigio), poseedores además de un privilegio real que conservaron durante ochenta años, que les situó en una posición relativamente cómoda y elevada en todos los ámbitos de sus relaciones, unas relaciones expresadas y fortalecidas a través de la personificación del "*Impresor Real*" en el propietario de la "*Casa*" Piferrer.

Hemos hablado de los Piferrer en plural, sin embargo, éstos tienen nombres y apellidos, personas que construyeron la dilatada historia de esta familia y su negocio. ¿Quiénes formaron parte de ella, y qué papel desempeñaron? Haremos referencia aquí a sus miembros más destacados.

Su fundador, Joan Piferrer i Bachs (1676-1750), nació en Sant Pere de Vilamajor, hijo de los pagesos de la misma población Bartomeu y Paula. Se debió trasladar a Barcelona para trabajar en algún gremio hacia 1690. Desconocemos el porqué optó por el de los libreros, corporación de la que pasaría a formar parte el 15 de junio de 1698. Se casó

en 1702 con Josefa Llopis, hija del destacado librero Josep Llopis que ya se encontraba establecido desde 1693 en la Plaza del Angel, falleciendo cuatro años después de su enlace con Joan sin dejar descendencia. Contrajo nuevo matrimonio en el año 1709 con Teresa Pou, hija del sombrerero Pau Pou con la que tuvo diez hijos. El mayor, Tomás, nacido en 1715, será el futuro heredero universal, designado por su madre, nombrada a su vez heredera por su esposo con plenos poderes sobre las propiedades de la familia<sup>12</sup>. De los demás hijos sólo sabemos que Francisco, José, Teresa y María ingresaron en el clero regular; de Josefa, M. Rosa y Gertrudis, que las dos primeras casaron con un adroguer y un botiguer; Nicolás estudió en la universidad y se trasladó con posterioridad a Madrid<sup>13</sup> con su hermano Antonio, un pequeño comerciante que se fue a la capital del reino hacia finales de los años sesenta, para abrir allí una librería que regentaría él hasta su muerte y después su esposa Teresa Garriga. Ambos, Antonio y Teresa, actuaron con frecuencia como uno de los gestores de los intereses de los Piferrer barceloneses en Madrid, y muy particularmente dentro de la Real Compañía de Impresores y Libreros del Reino de la que formaron parte desde su fundación en 1763<sup>14</sup>.

La actividad de Joan se centró, de forma exclusiva, entorno a todo lo relacionado con el mundo del impreso. Sin embargo, por lo menos hasta 1715 o 1716, su negocio fue la librería. En las pocas impresiones destacables anteriores a estas fechas aparece como editor, ("*vendese en Casa de Juan Piferrer*") de los trabajos que encargaba para su impresión, sobre todo a la imprenta Comellas. Será a lo largo de los años veinte cuando se vaya afirmando un interés mayor por la ejecución de libros, combinando progresivamente la producción en una imprenta propia con su principal vertiente de librero y comerciante de libros.

Tras la muerte en 1750 de Joan Piferrer pasó a ser la cabeza del negocio familiar su mujer Teresa Piferrer Pou hasta su fallecimiento a comienzos de 1764<sup>15</sup>. El sector de las artes gráficas, como nos recuerda el profesor Pedro Molas, fue uno de los que tuvieron una mayor presencia de viudas regentando la tienda y/o taller de sus difuntos esposos: las viudas de Tejero, Pla, Roca, Aguasvivas y las dos Piferrer, Teresa y su nuera Eulàlia, son ejemplo de ello<sup>16</sup>. En el caso de Teresa, su dirección de la empresa nos parece más nominal que efectiva. Si bien los pies de imprenta de la producción tipográfica durante los trece años que abarcan su actividad podrían llevarnos a pensar en un gobierno directo de la misma, los documentos privados de tipo notarial indican que ya desde muy joven su hijo Tomás participó decisivamente en su gestión. Por ejemplo, en los dos cuadernos que en su día debieron formar parte del libro de pagos de los impresores que trabajaron para los Piferrer entre 1737 y 1748, aparece Tomás como el encargado de

efectuar dichos pagos<sup>17</sup>. En 1739 firmaba con su padre el documento de venta del molino papelerero de su propiedad, casi cinco años antes de que formara parte del gremio, y en 1745 llevó personalmente todo lo relativo al conflicto abierto contra el impresor Josep Giralt por un contrato de impresión del libro del padre Félix Potesta, *Summa integra moralis*, que este impresor había incumplido al no colocar en el frontispicio el texto "*impresión a costas de Juan Piferrer*"<sup>18</sup>. Tales hechos nos confirman la tradicional transmisión de oficio, conocimientos y confianza de padres a hijos en el ámbito artesanal. Dicha transferencia, no sólo suponía para los hijos de maestros ricos con tienda integrarse rápidamente en el oficio —a diferencia de los maestros mancebos que en la práctica se encontraban imposibilitados para establecerse por su cuenta, ya que no tenían ni oportunidad ni capital para ello—, sino que también procuraba una apreciable reducción de costos de mano de obra al emplear a miembros de la propia familia. En el caso que nos ocupa, además de Tomás, su hermano Antonio aprendió el oficio y trabajó junto a su padre en el negocio familiar, lo que facilitó el que años más tarde se estableciera sin dificultad en Madrid<sup>19</sup>. Además, no parece disparatado sugerir la hipótesis de que la esposa y las hijas solteras que vivían en el hogar familiar, trabajaran en la imprenta siguiendo la extendida práctica en este sector manufacturero de ocupar a las mujeres en faenas tales como el descuelgue de las hojas secas, ya impresas, para agruparlas en cuadernillos que formarían los libros<sup>20</sup>. La mano de obra familiar —actitud constante en la historia de los Piferrer—, debió permitir a Joan, en los inicios de su negocio, abrir una primera y modesta vía de acumulación de capital<sup>21</sup>.

Efectivamente, Tomás Piferrer i Pou (1715-1775), hijo mayor de Joan y Teresa, participó desde muy joven en los asuntos de la librería e imprenta familiar. Obtuvo la plaza de maestro a los veintiocho años, y aunque tras el fallecimiento de su padre la imprenta prosiguió con el nombre de Teresa, fue él quien ejerció la dirección real del negocio en vida de ésta. Habrá que esperar a la muerte de Teresa en 1765 para encontrar las primeras obras con su pie de imprenta, confirmación pública de su maestría legal. En 1756 se casó con Eulàlia Massià, hija del comerciante Joan Massià, con la que tuvo dos hijos, Juan Francisco y Josefa<sup>22</sup>. Esta unión, apartada de la práctica endogámica tan corriente entre las familias libreras, supuso un moderado ascenso social que pudo favorecer el establecimiento de nuevas relaciones de rango superior, relaciones que iban a incrementarse gracias al auge de la librería. Los matrimonios de sus hijos con la hija de un cirujano y el de un farmacéutico, profesiones ambas integrantes de dos acreditados colegios pertenecientes a la aristocracia gremial, confirmarían esa mejora no tanto en el ámbito profesional como en el del prestigio social y cultural<sup>23</sup>.

La actividad laboral de Tomàs en vida de sus padres y como dueño de la Casa Piferrer, ocupa casi cuarenta años de historia de la imprenta, años cruciales para el crecimiento de su negocio. Tomàs reafirmó el carácter comercial de la librería e instaló más prensas aumentando la producción de libros. A consecuencia de esto vio reforzada su posición de privilegio dentro del gremio. Su definitiva consolidación como prestigioso miembro de la minoría de agremiados ricos barceloneses le llegó con la obtención del título de Impresor Real en 1763 tras la vacante dejada por fallecimiento de Teresa Teixidor<sup>24</sup>.

Además de tan magno título, ostentó también el cargo de impresor del Santo Oficio de la Inquisición, empleo que continuaron ejerciendo por acuerdo del Tribunal su mujer Eulàlia y su hijo Juan Francisco<sup>25</sup>.

Eulàlia Piferrer i Massià, de quien desconocemos la fecha de su nacimiento, regentó la imprenta-librería en su condición de usufructuaria de todos los bienes de su esposo, desde el año 1775 en que falleció Tomàs hasta su propia muerte en 1793<sup>26</sup>. En estos casi dieciocho años, siguió creciendo el negocio familiar si cabe de una manera más acelerada que en años anteriores. El considerable volúmen de negocio que iba adquiriendo la Casa Piferrer era una carga demasiado pesada para una sola persona (Juan Francisco era menor de edad), por lo que Eulàlia optó por buscar un administrador. Juan Sellent, joven mancebo librero, fue el elegido. De sobra es conocida la significación que los administradores de tiendas tuvieron en la Barcelona del XVIII, muchos de los cuales, como es el caso de Sellent, terminarían abriendo su propio negocio<sup>27</sup>. Desconocemos la fecha en que se hizo cargo de parte de los asuntos de la Casa, pero con toda certeza debió ser antes de 1783. En el documento de otorgamiento de la plaza de maestro del gremio de ese año aparece ya como administrador<sup>28</sup>.

Ante la imposibilidad física de que los locales de la Plaza del Angel albergaran todos los libros, Eulàlia abrió otra tienda en la "Casa d'en Grassot", en la calle de la Bajada de la Prisión, propiedad del comerciante matriculado Joan Grassot<sup>29</sup>. Esta tienda, junto con el crecido comercio de la imprenta, fue administrada por Sellent —excluyendo todo lo relacionado con la impresión real—, y siéndole renovada esta responsabilidad por Eulàlia en su testamento, por la "*plena confiança que tinch de la sua rectitud y justicia, esta persona que està plenamente instruhida de dit assumpto*"<sup>30</sup>. Desde que Sellent empezó a trabajar para la Casa y obtuvo su plaza de maestro, actuó en las reuniones y demás actividades del gremio como representante de los Piferrer, exonerando así en la mayoría de ocasiones la participación de Juan Francisco en las reuniones del común del que cada vez se distanció más en su actividad cotidiana.

Juan Francisco Piferrer Massià es el último miembro de la familia



al que prestaremos atención. Aunque fue su hijo José quien clausuró la historia de la Casa Piferrer en 1868, nos detenemos en Juan Francisco no sólo porque ocupara los últimos años del XVIII, sino sobretudo porque con él se acaba toda una etapa de la imprenta barcelonesa. Nacido en 1771, contrajo matrimonio en 1793 con Mariana Depaus, hija del cirujano Ramon Depaus, con la que tuvo cinco hijos<sup>31</sup>. Obtuvo la maestría el 18 de mayo de 1778 a la edad de dieciocho años, acceso rápido que responde a su condición de hijo de maestro adinerado<sup>32</sup>. Buena parte de la época que le tocó vivir no fue precisamente la más favorable para los negocios. Los años finales de siglo y las dos primeras décadas del XIX responden a continuas y adversas coyunturas, que terminarían de estancar la evolución ascendente de una empresa que, como la mayoría de las imprentas de la época, no había efectuado cambios tendentes a modificar su tradicional estructura interna.

De todas formas, la crisis del negocio familiar que llegó hasta la quiebra, no supuso su ruina, aunque ya quedaría en mala situación para enfrentarse con éxito a los cambios que hacia finales de la década de los treinta del XIX afectarían al sector de las artes gráficas. Juan Francisco se mantuvo en la cúspide del gremio como propietario que era de la librería mejor surtida de libros de la ciudad, llegando incluso a ocupar en 1824 y por dos años el puesto de Vocal Artista en la Junta de Comercio, y siguió formando parte a lo largo de la primera mitad del XIX de la élite barcelonesa<sup>33</sup>.

### Joan Piferrer y la librería barcelonesa en la primera mitad del XVIII

La actividad de aquellos hombres como colectivo se expresaba a través del gremio. Barcelona tuvo el privilegio de contar desde el año 1553 por concesión de Carlos V con un Colegio de Libreros. Sobre la tradición y la memoria de aquella antigua fundación se asentaba el orgullo de los libreros de la Ciudad Condal, sabedores de que, como colegio formaban parte de la aristocracia de las corporaciones gremiales. Sólo artistas y profesionales de artes liberales podían agruparse bajo tan prestigiosa denominación de colegio<sup>34</sup>.

Para Joan el camino del gremio era el único posible. El fue el más integrado en el ámbito gremial, y es que ni era un "botiguer" de telas para lanzarse por senderos inexplorados fuera del ámbito gremial, ni la situación de la imprenta y librería barcelonesa, y en general española, en la primera mitad del Setecientos permitía soñar en poca cosa más que ir viviendo. Por eso se aferró a él, en una época difícil en la que una producción como la librería necesitaba, en el marco de su fase artesanal, de un soporte económico, de una colaboración institucional, de una ampliación del mercado lector sólo posible a partir de la difusión

de la lectura a través de un sistema de instrucción pública, en definitiva, una política de protección estatal que permitiera que poco a poco las manufacturas libreras pudieran realizar una pequeña pero ininterrumpida acumulación de capital<sup>35</sup>. Pero la política de la monarquía fue, por lo menos hasta el reinado de Fernando VI, la antítesis de esas medidas. Como señala François López *"el enorme desnivel de la documentación estatal por lo que toca a la imprenta y librería (...) refleja y patentiza del modo más concreto el asombroso desgobierno que padecieron la industria y el comercio del libro en España bajo este monarca"*<sup>36</sup>. El primer Borbón se limitó a algunas magnas y vistosas realizaciones culturales como la creación de la Biblioteca Real en 1711, la Academia Española en 1714 y la de la Historia en 1738. Pero más allá de estos "gestos" dignos de todo gran monarca, no hubo un interés efectivo por la difusión cultural y en particular por la problemática del libro, al que se le prestaba una atención, más dirigida a su control que a una verdadera preocupación por promover su mejora y difusión<sup>37</sup>.

En este contexto general de desinterés, las dificultades a las que tuvieron que enfrentarse en las tres primeras décadas los libreros e impresores de Barcelona fueron especialmente duras. Cuatro elementos agravaron más aún una situación de decaimiento que ya venía de la centuria anterior: la implantación de la legislación castellana del libro, la salida del Principado de lienzos útiles para la fabricación de papel, el nombramiento de un impresor real y el traslado de la Universidad a Cervera con privilegio de impresión de los libros llamados de la Común Enseñanza. Valorar con precisión sus consecuencias es difícil sin un estudio sistemático previo del mundo editorial de finales del XVII y décadas iniciales del XVIII<sup>38</sup>. Aquí haremos referencia a los dos últimos.

No estamos en condiciones de afirmar si la concesión del título de impresor Real respondía a un premio para el elegido o si era también un castigo al resto de impresores. Desconocemos la dimensión de su participación en la defensa de la Barcelona en 1714, aunque sabemos que muchos de ellos confeccionaron pasquines combativos contra Felipe V<sup>39</sup>. En cualquier caso, uno de ellos, Josep Teixidor, fue recompensado con ese título por su demostrada fidelidad al Borbón<sup>40</sup>. Este privilegio, otorgado ya en 1706 por el archiduque Carlos, que reconoció en Rafael Figueró probablemente lo mismo que su enemigo vio en Teixidor, vino acompañado de las "objeciones" de los demás libreros e impresores<sup>41</sup>. Y aunque tras la crítica del colectivo estuviera el ardiente deseo particular de ser el elegido, las consecuencias eran claras: si ya la imprenta barcelonesa se encontraba en penosas condiciones, sólo le faltaba a ésta para empeorar su situación que fuera adjudicado a una única imprenta la impresión de los papeles oficiales y administra-

tivos, que suponían un elevado porcentaje del trabajo disponible.

Pero la medida que más graves daños ocasionó al conjunto de impresores y librerías, con unas consecuencias a corto plazo más visibles, fue el traslado de la universidad a Cervera en 1717 y la concesión por Real Cédula de 1718 de privativa de imprenta a dicho centro<sup>42</sup>. En 1730 la situación se había hecho insostenible: *"...se hallan los individuos de este gremio reducidos al miserable estado de no tener que trabajar, respecto de ser los libros contenidos en dicho Privilegio los de más consumo, y que diariamente vendían, con los cuales mantenían sus tiendas y mancebos (...) quedan ahora totalmente perdidos"*<sup>43</sup>. Desde su concesión, el gremio de librerías se lanzó a presentar memoriales y recursos para acabar con la privativa, pero si esa era la posición del común, cada uno por su parte pretendía hacerse con el estanco de venta: había que acumular "monopolios" para poder seguir adelante con alguna esperanza de mejora en el negocio. Pero la privativa no impidió, sobre todo en la segunda mitad del siglo, que impresores y librerías imprimieran y vendieran libros incluidos en ella. Muestra de ello son los muchos libros de privativa que aparecen en sus inventarios y la desesperación del cancelario y claustro de la universidad cansados de *"haber expendido más en comisiones de pesquisa de pruebas, en abogados, agentes y procuradores"* sin resultados habiendo *"llegado ahora los fraudes a tal exceso que se imprimen y venden por impresores con sus propios nombres y sin el menor recelo de ser castigados"*<sup>44</sup>.

De aquellas décadas iniciales disponemos de muy poca información sobre la actividad de Joan Piferrer y no estamos en condiciones de aventurar con seguridad de qué manera le afectó la crisis desencadenada por el privilegio de Cervera. Algunos indicios apuntan a que pudo salir de ella sin excesivas dificultades, lo que se confirmaría con la observación de su holgada y expansiva situación a finales de los años cincuenta y primeros de los sesenta. Jugó a su favor el iniciar su andadura como profesional del libro desde una cómoda posición —no en vano había heredado de su difunta primera esposa la librería de su suegro Llopis—. Ni las adversidades compartidas con sus colegas del gremio ni las particulares (incendio de la librería en 1704 y bombas caídas en la casa en el sitio de 1714), impidieron que la *"botiga Piferrer"* siguiera siendo una de las importantes de la ciudad<sup>45</sup>. Un dato que ilustra la resistencia de Joan ante la crisis es que fue uno de los pocos "maestros con tienda" que mantuvieron su propiedad. De las 11 librerías (de un total de 16) que eran de propiedad en 1729 se pasó a nueve en 1732 y a sólo cinco en 1734. Mientras el gremio se veía obligado a vender su local en 1736<sup>46</sup>, un año después Joan compraba todo el edificio de la Plaza del Angel en el que vivían y donde se encontraba su librería, por la cantidad más que respetable de 2.500 libras<sup>47</sup>. Este

desembolso debió forzar a Joan a vender en 1737 por 2.000 libras el molino que comprara en 1711<sup>48</sup>.

Los primeros trabajos conocidos con su pie de imprenta son de 1715, aunque no hay que descartar que ya antes hubiera realizado alguno menor. Imprimió destacadas obras como el volumen tercero de *La Corte Santa* de Antonio Cruzado y Aragón impresa en 1718, obra que dado su tamaño (cuatro volúmenes) fue necesario realizar en colaboración con otros tres impresores; cada uno de ellos elaboró un volumen<sup>49</sup>. O la *Arithmetica demostrada theorico-práctica* de Juan B. Corachan en 1719, las *Introducciones* de Nebrija en 1715 y la reedición en 1732 del libro del *Consulado del Mar de Barcelona*, financiada por el Cuerpo de Comercio de la ciudad. Sin embargo, se ajusta más a la realidad de estos años, el hecho de compartir con el resto de imprentas de la ciudad, una ocupación principalmente dirigida a la impresión de hojas sueltas y, en general, la llamada imaginería popular. Joan se empleó a fondo en esa producción<sup>50</sup>. De su vertiente librero-comercial en la primera mitad de siglo no tenemos apenas información. Sólo conocemos a través de los poderes que hemos encontrado, y que fueron entregados por Joan entre 1740 y 1750, algunas de las plazas con las que comerciaba: Cádiz, Madrid y Lisboa; tres importantes núcleos comerciales que seguro sólo representaban una pequeña porción de con los que debía negociar<sup>51</sup>.

### Clientes y mercados

La mayoría de los historiadores parecen mostrarse de acuerdo en reconocer que la situación de la cultura "*savant*" mejoró hacia finales del reinado de Fernando VI, siendo entonces cuando se pusieron las bases para una más brillante etapa cultural con Carlos III<sup>52</sup>. Aunque se circunscribió a las élites sin alcanzar al conjunto social, parece incuestionable la existencia de una mayor vitalidad, con la creación de Academias, colegios, gabinetes científicos, la llegada a España de algunos sabios extranjeros, y la presencia pública activa en el panorama cultural español de la llamada generación erudita de mediados del XVIII (Mayáns, Sarmiento, Ulloa, Iriarte, Piquer, Isla, etc.), algunos de ellos destacados ilustrados que como tales tuvieron en el libro un importante vehículo de expresión de sus afanes e ideas<sup>53</sup>.

En estos años, por lo que se refiere al mundo del libro, hay que recordar un hecho de gran repercusión: el nombramiento en 1753 por el Consejo de Castilla de Juan Antonio Curiel como juez de imprentas y la promulgación un año después de su famosa ley de imprentas. En ella se prohibía, primero, la importación de libros extranjeros si no se dis-

ponía de la oportuna licencia del Consejo, y segundo, se reiteraba la prohibición de imprimir libros de cualquier extensión sin licencia, con durísimas penas para quien transgrediera la ley.

Si participamos de la interpretación de François López que considera que la política de Curiel "*surtió excelentes efectos ante la obligación* (de los libreros) *de sustituir a sus abastecedores extranjeros para la impresión de obras escritas en castellano y tener que operar una reconversión, pasando a ser impresores o editores vinculados a unos talleres nacionales*", podemos preguntarnos si ello se verificó en el caso de los Piferrer. Sí, hubo un cierto aumento de la impresión de libros, pero probablemente la explicación anterior sólo recoja una parte de lo ocurrido. Esta creemos que ha de incidir en la dimensión de un mercado cada vez más amplio y diverso, así como un mayor consumo de libros por parte de las élites culturales en una época de creciente curiosidad intelectual. En definitiva, el tipo de franja comercial que ocupó, la calidad y cantidad de su clientela que abarca todo el abanico de posibilidades que podía llegar a ofrecer un mercado muy limitado como lo era el de entonces.

Su política de edición e impresión y su oferta comercial son parte inseparable de una particular estructura de clientela que podríamos dividir en cinco grandes apartados:

- 1) las instituciones político-administrativas,
- 2) las instituciones religiosas y educativas,
- 3) la clientela socio-profesional,
- 4) el lector popular,
- 5) y el profesional del libro.

La progresiva obtención de este abanico comprador es lo que permitirá aumentar tanto la producción tipográfica como la edición y comercialización. Advirtamos que establecemos una cierta diferencia entre la estructura de clientela, que relacionamos más con el ámbito local, y los diversos tipos de mercado, que englobarían además del local, el comarcal, el regional y el exterior.

Una característica común a la imprenta y librería europea fue su obsesión por captar los máximos favores, privilegios y privativas para la impresión y venta de los papeles generados por las instituciones de carácter político-administrativo, educativo y religioso<sup>54</sup>. En la posesión de una amplia porción del pastel institucional se aseguraba una entrada de capitales constante.

La obtención de la "*Oficina Real*" y de otras concesiones institucionales tenía unas consecuencias económicas, en principio, favorables. Decimos en principio, porque los organismos estatales no solían pagar con regularidad el trabajo realizado. Algo más de 1550 libras le debía a Eulàlia en 1789 la Real Sala del Crimen del Principado por las

impresiones hechas nada menos que entre 1767 y 1788. De estas, 1.000 fueron condonadas por Eulàlia para lograr del rey el título de impresor real para su hijo Juan Francisco<sup>55</sup>. No hay tampoco que olvidar que la mayoría de los decretos y reales cédulas más importantes por su contenido, extensión y difusión, en general, sólo los realizaba el impresor del rey en Madrid, como por ejemplo el Reglamento del Libre Comercio de 1778 o las reales cédulas del mismo año sobre fomento del libro y prohibición de introducir libros encuadernados que imprimiera Pedro Marín. Es probable que haya que reducir a dimensiones más modestas (aunque no por ello despreciables) la trascendencia que se le ha presupuesto siempre en el conjunto del origen del trabajo realizado y de los beneficios obtenidos por las imprentas, las impresiones institucionales. Tal vez, el papel tan destacado de este tipo de impresos se ajuste más a los talleres de la capital del reino. Nos parece que la verdadera importancia de ser el "Impresor de Su Majestad" reside sobre todo en el prestigio social que proporciona y, como ocurrió con el caso de Tomás y sus sucesores, en la disposición para una ampliación ascendente en sus relaciones sociales, que tenía entre otras consecuencias significativas la extensión de su clientela a los sectores con más posibilidades (económicas y culturales) para acceder al libro.

También trabajaron los Piferrer para la Real Audiencia, la Secretaría de Palacio, la administración de intendencia, la Administración General de Rentas, la tesorería principal, provisión de víveres de la ciudad, correos y para el Ayuntamiento de Barcelona del cual ingresarían entre 1763 y 1801 una media de 220 libras<sup>56</sup>.

Las instituciones de carácter religioso y educativo ocupan un espacio fundamental, tanto en la producción impresa como en el perfil de la clientela de la Casa Piferrer. Estamos hablando de dos de los grupos que más alto grado de seguridad pueden ofrecer a un impresor y/o librero-editor: una presencia numerosa y relevante del estamento eclesial y una abundante población estudiantil. Del primer grupo, además de congregaciones como la de los Dolores y la "Bona Mort", hay que recordar el cargo de impresor de la Inquisición que desempeñaron Tomás, Eulàlia y Juan Francisco. Este último fue designado también impresor del Palacio Episcopal y Cabildo Eclesiástico de la ciudad en diciembre de 1806<sup>57</sup>.

El Colegio de Nobles de Cordelles y el Colegio Pontificio Episcopal de Barcelona con su Seminario "Beatae Mariae Montis-Hilaris Schola" encargaron ya desde los años treinta la impresión de la mayor parte de la literatura tomista destinada a fines educativos en la imprenta Piferrer. Es obvia la importancia de tener entre sus clientes a los dos colegios más prestigiosos de Barcelona, donde se formaban respectivamente las élites de la ciudad y los sacerdotes<sup>58</sup>.

Producción impresa y oferta de una librería repleta de todo género de libros religiosos que van desde los más elevados estudios teológicos hasta los más comunes de piedad, catecismos, manuales de comportamiento del buen cristiano y vidas de santos, pasando por los manuales para sacerdotes y confesores<sup>59</sup>. Libros de enseñanza primaria como cartillas y silabarios, catones cristianos para uso de niños como el de Paladella o, ya en otro nivel, las *Introducciones* de Nebrija de las que los Piferrer realizaron varias ediciones a pesar del privilegio de Cervera<sup>60</sup>, las gramáticas de Josep Pau Ballot y la probable posesión del estanco de libros de la universidad cerventina<sup>61</sup> significaron una fuente primordial de ingresos.

El tercer grupo de clientes corresponde a un relativamente amplio sector socioprofesional de especial significación en el que destacarían los hombres de leyes. Imprimieron libros y discursos de los Reales Colegios de Cirugía, de Medicina, las ordenanzas de la Facultad de Farmacia de 1804 (recordemos que Juan Francisco y su hermana están emparentados con familias de cirujanos y boticarios), la famosa *Máscara Real* que regalaran los gremios en 1764 a Carlos III tras su visita a la ciudad cinco años antes, o la "Disertación" sobre los gremios de Roma y Rosell (1766), impresos y libros todos ellos que interesaron a los sectores profesionales más destacados, a la oligarquía administrativa y a la élite gremial.

Sus relaciones con los grupos burgueses fueron frecuentes dado que éstos forman en potencia un grupo comprador de libros por su propia adscripción a esta condición social. Significativamente, la parroquia de la familia, en la que poseen el "vas" o sepultura propia es la de Santa María del Mar, donde está ubicado lo más granado de la burguesía barcelonesa de aquellos años<sup>62</sup>. Además, la situación de su casa y tienda en la Plaza del Angel, centro neurálgico de la vida comercial de la ciudad, suponía una indudable ventaja para los escaparates de su librería<sup>63</sup>. Patrones de barcos que compran sus "diarios de navegación"; fabricantes, como Sires, que adquieren los libros en blanco para llevar la contabilidad de sus fábricas de tejidos, o el diverso público interesado por la lectura de las noticias de la *Gaceta de Barcelona*, que imprimieron los Piferrer desde 1763, son muestra del amplio abanico de clientes resultado del gran eclecticismo de esta librería e imprenta, característica común a la mayoría de las casas comerciales librerías europeas<sup>64</sup>.

El interés de muchos de sus contemporáneos por negocios e iniciativas a veces distantes del oficio propio, también cautivaron su atención, lo que indudablemente permitió a la familia el entrar en contacto con los círculos de la burguesía más rica y emprendedora. De la Real Compañía de Comercio de Barcelona fundada en 1755, tuvieron cinco

acciones de 250 pesos cada una, siendo Teresa Piferrer la que además imprimió sus ordenanzas. Tomás fue uno de los socios con una acción de 5.000 pesos, de la Compañía de Seguros Marítimos de la Concepción y Santa Eulalia, en cuya lista de accionistas se encontraban los grandes comerciantes matriculados de la ciudad como Francisco Milans, Francisco Benages, Josep Glòria, Juan Pablo Gispert o Francisco Canals<sup>65</sup>.

Todo este entramado de relaciones, contactos, asociaciones, ayudarán a alejar a Tomás de las preocupaciones del gremio. El índice de su participación en las reuniones del común, es revelador. De las ochenta y una convocatorias registradas en documento notarial entre el año 1753 y 1775 (una media de 3,5 por año), Tomás sólo participó en diez, de las cuales todas menos dos corresponden al período anterior a su designación como Impresor Real. Los únicos cargos que llegó a ocupar fueron los de tesorero en 1754, tasador de ganancial en 1765 y formó parte en cinco ocasiones de la terna para cónsul primero<sup>66</sup>. Estos registros de actas nos revelan que su interés por los problemas del gremio estaban básicamente circunscritos a los asuntos de mayor relevancia. Por ello, no dudó en formar parte de la comisión constituida en diciembre de 1763 encargada de elaborar nuevas ordenanzas, y menos en aceptar en agosto de 1764 el representar al gremio para defensa de los reglamentos ante la Corte para su aprobación. ¿Quién mejor que el impresor en Barcelona del propio rey para esa labor? La realidad es que fueron rechazadas y hubo que esperar al 4 de diciembre de 1787 para que se aprobaran los nuevos capítulos del gremio<sup>67</sup>.

Lo mismo puede decirse de Juan Francisco, que renuncia al cargo de tesorero "*por raho del cuidado y cumpliment que ha de donar al Real y publich servei de la Imprenta*". Un criterio selectivo, ya que su misma condición no le impedirá aceptar el puesto de Vocal Artista de la Junta de Comercio entre 1824 y 1826<sup>68</sup>.

El grupo que hemos denominado del "lector popular" corresponde a una categoría ciertamente indefinida. Nos estamos refiriendo al tipo de lecturas más corrientes entre los grupos lectores de las clases populares. Lecturas como los romances, comedias, leyendas, "aucas", "goigs"; habría que incluir también aquí a las vidas de santos de tanto éxito. Otros sectores sociales más bienestantes participaban de estas lecturas tan "populares", sobrepasando aquí la acepción más pura del concepto "popular".

Por último, el profesional del libro. La política de la imprenta-librería Piferrer pasa por asumir la impresión de una parte considerable de las necesidades locales que supongan unos ingresos regulares, pero también arriesgando capitales en obras que pueden interesar más allá del marco local, en mercados regionales, para ser vendidas a otros li-



breros. Pero lo que nos parece de mayor interés en su "política comercial" es la clara tendencia a ocupar, primero, el máximo espacio en la ciudad como distribuidor de libros impresos en el resto de España, y segundo, la confirmación de su papel como distribuidor de una parte muy importante de lo que producen otras prensas de la ciudad, para su comercialización en el resto de las diversas regiones de España. Ello es posible como resultado de una respetable capacidad financiera que le permite mantener inmovilizados durante un tiempo más o menos largo un volumen elevado de capital invertido en su propia producción y en la compra de la de otros impresores. El importante comercio de cabotaje que realizaba la Casa Piferrer —para lo que era en una manufactura tan minoritaria como el libro—, y el contenido concreto de los envíos que conocemos a través de las facturas, confirman ese papel que, en unas dimensiones similares por lo que hasta ahora sabemos, sólo realizaría la imprenta-librería de Mari Angela Martí y la de Carlos Saperá<sup>69</sup>. En lo que se refiere al mercado comarcal, además de la venta a particulares, la librería Piferrer compra, pero sobre todo vende, a los pocos colegas librereros e impresores que viven de este negocio en el Principado: Agustí Ubach en la Seu d'Urgell, Magí Canals en Tarragona y Miquel Bro y Antoni Oliva en Gerona<sup>70</sup>.

### Apuntes sobre la imprenta y el comercio

A pesar de las limitaciones que nos imponen las fuentes, podemos aventurar la hipótesis de que el apreciable incremento que se observa en la producción de las prensas de los Piferrer y en general de la tipografía barcelonesa en la segunda mitad de siglo responde a una ampliación del mercado sostenida por un crecimiento en los índices de alfabetización en la segunda mitad de siglo<sup>71</sup>. Ello actuaría en conjunción con una coyuntura económica expansiva en Cataluña que facilitaría la compra de libros, una manufactura elástica y de precios no demasiado asequibles para los sectores sociales con menor nivel de renta.

Un pulso cultural más activo que se refleja en la creación de Academias, escuelas y tertulias del más diverso tipo; el fortalecimiento de un tejido urbano cada vez más denso y en el que se concentran grupos sociales que necesitan de la escritura y la lectura en su quehacer cotidiano, así como un relevante comercio con diferentes puntos de la geografía española, sin olvidar el mercado americano, permitieron a la imprenta y librería barcelonesa situarse entre las tres primeras junto con la madrileña y valenciana, a pesar de las difíciles condiciones a las que tuvo que enfrentarse en las primeras décadas del XVIII.

Sería una visión parcial si no se reconociera también la política más favorable en el reinado de Carlos III hacia la manufactura librera.

La época de máximo esplendor de la Ilustración bien tenía que apoyar a este producto del que se iba a servir para difundir sus ideas. Pero de todas formas no hay que exagerar la efectividad de algunas de sus medidas. Parece que no hay duda de las consecuencias positivas que pudieron tener, por ejemplo, la Real Cédula de 1772 en la que quedaba parcialmente abolida la tasa sobre libros, o la de octubre de 1780 sobre la producción y comercio de papel en la que se imponían derechos de alcabala y cientos —10%— a las ventas de papel extranjero y se libraba de impuestos al nacional. Pero no estamos tan seguros de que la tan citada Real Cédula de 1778 en la que se prohibía la introducción de libros encuadernados en el extranjero a excepción de los que lo estaban en papel o rústica, tuviera unos efectos tan positivos como se ha pretendido<sup>72</sup>. Se puede aventurar la hipótesis, a falta de una cuantificación de la producción tipográfica anterior y posterior a esa fecha, que el hecho de que siguieran entrando libros encuadernados en papel o en rústica no favorecía a la imprenta sino a la encuadernación (labor característica de los librereros). El interés de la Corona en que los libros no llegaran encuadernados iba probablemente más allá del simple fomento de las artes gráficas, para dirigir su atención más a controlar unos contenidos que a menudo no tenían nada que ver con lo expresado en el título de la encuadernación.

Una creciente vitalidad, por tanto, en el panorama librero, que lleva a los impresores y librereros más emprendedores a formar compañías para atender a una demanda que de manera individual no pueden acometer por la siempre problemática falta de capitales. Así, en 1767 se formará una compañía cuya finalidad será la impresión y venta de libros y que, con cambios, reformulaciones y ampliaciones continuará su labor, por lo que sabemos, hasta principios de los años noventa. No podía faltar en la elaboración y desarrollo de la empresa la participación primero de Tomàs y después de Eulàlia Piferrer<sup>73</sup>.

Crecido comercio y aumento en la producción tipográfica serían los rasgos definitorios de estos años. El librero Francisco Ribas, nos acerca a aquella activa realidad a través de un memorial que dirige al protector del gremio, protestando porque a él se le ha tasado el impuesto de ganancial muy por encima de dos colegas:

*“que con el negocio corriente de la tienda e imprenta hacen trabajar a distintos y en especial Saper a quatro o más mancebos y Osset su hierno aprendiz y mancebo (...) ‘y pagan menos’ no obstante de tener muy buenas tiendas capaces y abastecidas ahunque no tienen imprenta si compañía con otros librereros e impresores que hacen trabajar mucha gente en varias impresiones que requieren cantidades crecidas de dinero. Verdad es que el suplicante hace su tráfico con distintos libros forasteros pero no de las imprentas*

*de estos Reynos, quando los sobre otros hacen venir muchos libros de otras partes, y demás a más estan todos comprando cada día libros para su comercio, ya en las imprentas de esta como de Girona, Vique y otras partes de España con lo que dentro del año giran crecidísimas sumas.*"<sup>74</sup>

Pero los libros y en general todo tipo de impresos, no corren por las calles de Barcelona únicamente de la mano de los libreros agrupados en el gremio y algún impresor que se asocia a ellos a través de compañías. La privativa de venta que poseía el gremio era continuamente burlada por una infinidad de personajes que en puestos y tenderetes en las calles o incluso en sus propias casas venden libros nuevos y viejos, estampas, mapas, romances, comedias, almanaques, etc. Joan Cerqueda, un joven impresor que años atrás había tenido que vérselas con Carlos Gibert, librero comisionado por el gremio para perseguir a los infractores de la privativa gremial recogida en las ordenanzas por vender libros sin formar parte de la corporación, nos proporciona en 1779 —habiendo ingresado ya en el gremio— una lista de los que venden sin ser libreros o no tienen licencia expresa para vender, y en la que aparecen veintitres personas. Son pequeños comerciantes, revendedores, carpinteros, percheros, traperos, miembros de la cofradía de "Julians Mercers", corredores públicos, buhoneros, mendigos y viudas<sup>75</sup>. Este es uno de tantos casos que encontramos entre la documentación corporativa y que muchas veces culminan en pleitos contra aquellos que violan las ordenanzas y privilegios del gremio. Los más perjudicados, los libreros más modestos, que tienen en el impreso pequeño una de sus fuentes básicas de ingresos, precisamente el tipo de papel que más se vende en las calles al margen del gremio.

Esta imagen de empuje del negocio del impreso y en particular del libro alcanza una de sus máximas expresiones en la Casa Piferrer. El crecimiento del taller de la imprenta y de la librería es claramente perceptible al comparar tanto el instrumental como el fondo de libros presente en los inventarios de 1764, 1775 y 1794 como queda reflejado en el cuadro n. 2.

En primer lugar hay que destacar el importante aumento en la dotación de prensas entre 1764 y 1775. Puede decirse que el taller tipográfico en la primera mitad de siglo corresponde por su equipamiento de prensas al tipo medio de imprenta española que tenía un máximo de tres. En 1775 encontramos un taller que ha crecido de forma apreciable en su dotación de prensas y en general del instrumental para la impresión y encuadernación de libros. Sólo el taller de Maria Angela Martí con tres prensas, un tórculo y cinco prensas de encuadernación, puede compararse al de Tomàs Piferrer. A finales de siglo, las dimensiones de la imprenta Piferrer son equiparables a las de los mayores ta-

lles de España, si exceptuamos los de los impresores madrileños Sancha, Ibarra o Marín. El del impresor valenciano Benito Monfort estaba equipado con seis prensas en los años ochenta y es considerado por François Lopez el mejor dotado fuera de Madrid<sup>76</sup>, el mismo número que tenía Juan Francisco Piferrer en 1794.

Cuadro n. 2

	1764	1775	1794
Espacios de la casa de la Plaza del Angel habilitados como almacén . . . . .	5	6	5
Almacenes ajenos a la Plaza del Angel . . . . .		1	5
		-Casa de Ramon Costa Boneu	-c/ Boria de Casa Sivilla -c/ del Mil -c/ de la Llibreteria -c/ de la Presó -c/ de la Presó en la casa de Sellent
Tiendas . . . . .	1	1	2
	-Plaza del Angel	-Plaza del Angel	-Plaza del Angel -c/ de la Presó Casas de Grassot (regentada por Joan Sellent)
Prensas de imprimir . . . . .		4	6
Torculos . . . . .		1	2
Prensas para igualar y apretar		4	3
Prensas de mano . . . . .		4	4
Prensa para hacer balas . . . . .		1	1
Prensas (?) . . . . .	5		2
Máquinas (sin identificar) . . . . .		2	1
Plegadoras . . . . .		3	3
Cosedores . . . . .	2	2	2
Tipos de letras (en arrobas) . . . . .	257	318	(*)
Galeras . . . . .	102	90	121
Juegos de cajas . . . . .	35		46
Mesas para poner formas y mojar papel . . . . .	48	46	60

(\*) Aparecen como juegos completos de los diversos tipos de letras: "cicero grand" y "xic", "text", "peticano", "tanasia" y "breviari", de todos en redondo y cursiva.

En este cuadro sólo se recoge una selección de la maquinaria material e instrumental de la imprenta-librería.

Fuente: Inventarios de la Casa Piferrer, 1764, 1775 y 1794.

Por tanto, nos encontramos ante un taller tipográfico de grandes dimensiones que con sus seis prensas no queda muy lejos de las imprentas de tipo medio europeas (en París las más grandes tenían entre diez y quince prensas).

Para el funcionamiento de una prensa son necesarios dos obreros, y dos o tres componedores en tiradas de 1.000 a 1.500 ejemplares, lo cual, suponiendo que todas estuvieran en algún momento trabajando a la vez, significa el empleo de 25 a 30 trabajadores<sup>77</sup>. Desgraciadamente no tenemos ninguna información que nos dé noticia de cuántos obreros impresores realmente trabajaron en las prensas de Piferrer.

Elemento indispensable para cualquier taller tipográfico eran los caracteres de imprenta. Una gran abundancia de tipos de un mismo impresor era un signo inequívoco del lugar que ocupaba en el mercado local<sup>78</sup>. La imprenta Piferrer estaba magníficamente dotada, tanto cuantitativa como cualitativamente. Contaba con todo el instrumental necesario para fundir letras. Los tipos de plomo junto con las prensas suponían la inversión más importante a la hora de dotar un taller. El proyecto de Antonio de Bordazar de 1732 para abrir una imprenta de textos litúrgicos valoraba en unos 1.200 reales el precio de una prensa y en 120 reales una arroba de letra. La imprenta Piferrer llegó a tener más de 300 arrobas de tipos de plomo, lo cual nos da una idea de sus disponibilidades como taller tipográfico. La importancia que concedían los editores a la calidad de la letra exigía unos buenos tipos que se obtenían a partir de unas buenas matrices. Afortunadamente para Tomás, sus relaciones con el fundidor Feliu Pons, que se remontan a la década de los treinta, le pusieron en contacto con el famoso tallador de tipos que Carlos III se llevaría a la Corte de Madrid, Eduard Paradell. Pons había firmado una compañía con Paradell en 1758 para hacer matrices de letra y fundir tipos de imprenta. En 1764, poco antes de marchar éste a la capital, expresaba en pública escritura su deseo de que "*queden en mà havil*" sus matrices de caracteres de letras: Tomás Piferrer fue el impresor elegido<sup>79</sup>. Siempre estuvo la imprenta perfectamente surtida de los más variados tipos (parangona, peticano, tanasia, breviari, ciceró, entredos, text) y según fue aumentando la producción tipográfica, creció también la cantidad de letra disponible.

Pero donde con mayor rotundidad se refleja el importante incremento del negocio de la casa Piferrer en el último tercio del XVIII es en el fondo de impresos y libros. Se abrieron entre 1775 y 1794 una segunda tienda en las casas propiedad del comerciante matriculado Juan Grassot y cuatro almacenes más, uno de ellos perteneciente al también comerciante matriculado Nicolás Sevilla. Si en 1764 la casa de la Plaza del Angel albergaba poco más de 30.000 ejemplares, en 1774 se pasa a un fondo de unos 65.000 y en 1794 a algo más de 166.000

ejemplares que, sumadas a las 80.000 comedias, llegan casi a los 250.000 ejemplares correspondientes a más de mil títulos. Estos nuevos locales no sólo almacenaban impresos y libros de todo tipo, sin o con encuadernación<sup>80</sup>, también varias decenas de manos, raimas y balas de papel de diversas calidades (en su molino de Sant Vicenç dels Horts en 1794 había 70 balas de papel de imprimir) dispuestas para ser vendidas en la tienda, o para ser impresas en el taller.

Los capitales invertidos en la ampliación del fondo de libros (comprados a otros impresores o elaborados por el taller propio), en la adquisición y ampliación de los equipos y materiales de la imprenta y en el aumento de la mano de obra necesaria para su funcionamiento, provienen de un importante comercio que convierte a la casa Piferrer en una gran empresa comercial librera, modesta si se la compara con el movimiento de capitales y mercancías de los negocios de los comerciantes matriculados de la ciudad, pero más que notable en relación a la gran mayoría de sus colegas del resto de la Península.

Además del mercado local y comarcal al que ya hicimos referencia, hay un mercado regional y otro exterior (véase mapa). De éste último, se importan libros. Sabemos de los contactos comerciales con los hermanos Tournes en Lyon y Ginebra, y con los Cramer ginebrinos a través de su corresponsal Bonnardel que a su vez mantenía un activo comercio con Lisboa<sup>81</sup>. En la capital lusa, Francisco Roberto fue su proveedor. En Italia, compra a J. Anton Mabbi (Turín), J. Rocchi (Lucca) y Nicolás Pezzana (Venecia).

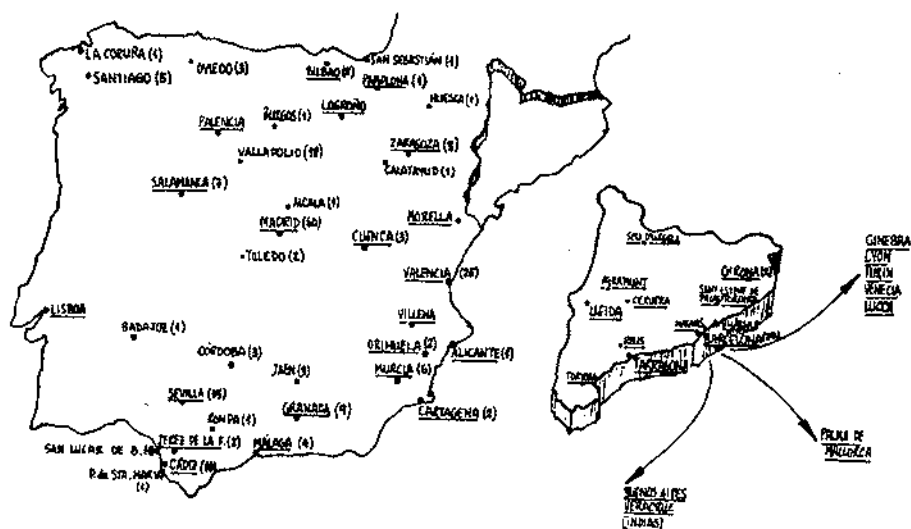
Del comercio con destino a las colonias americanas, tan sólo sabemos su existencia. Buenos Aires y Veracruz son las dos únicas ciudades americanas que aparecen en la documentación junto con la genérica expresión "envíos a Indias" referida a las deudas por cobrar por los envíos allí efectuados.

El mercado más importante para la Casa Piferrer fue el regional. Como se puede ver en el mapa, a excepción de Santiago de Compostela y de Valladolid, hay una coincidencia casi total entre los puntos en los que venden sus libros los Piferrer y las ciudades que cuentan con un mayor número de librerías. Aparte de Madrid y Zaragoza, plazas relevantes, la mayor concentración de contactos comerciales se sitúan en la periferia mediterránea.

Por fortuna se ha conservado uno de los libros copiadores de facturas de la librería, que abarca desde el año 1790 a 1804. Un magnífico documento que nos permite conocer no sólo la dirección de los envíos sino también los libros concretos que eran motivo de comercio, cuestión esta última que dejamos para mejor ocasión.

El mayor volumen de ingresos originados por este comercio, provienen de los envíos efectuados a Cádiz con un 44%. Le siguen a una gran distancia Valencia, con algo más de un 23%, y Cartagena, con un

## Aproximación a los mercados de la Casa Piferrer (1764-1804)



La cifra entre parentesis indica el número de librerías en cada población, según se recoge en los autos de visitas decretados en 1757 por el juez de imprentas Juan Curiel. (François López, "Gentes y oficios...", p. 165-166.) Las ciudades subrayadas son con las que tenemos documentado el comercio de los Piferrer.

14%. Del resto de ciudades, que quedan lejos de estas cifras, destacan Málaga y Alicante con casi un 5%, Murcia con un 3% y Madrid con un 2%. (cuadro n. 3)

Por supuesto, el comercio se efectúa casi en su totalidad con los libreros de estas ciudades o con mercaderes de libros que los venderán por otros puntos de la geografía española. Algunos de los mejores clientes son nombres famosos de la librería y del comercio del libro, como Salvador Faulí y Diego Mallen de Valencia, Tomás España de Alicante, Félix de Casas y Martínez en Málaga, Vazquez e Hidalgo, y Blanchard y Cia. de Sevilla, Espinosa de los Monteros, Antonio Murguía, Muñoz Gil, José Niel y José Savid (famoso librero francés siempre acosado por la Inquisición) en Cádiz.

La evolución favorable del comercio de la librería en la década de los setenta y ochenta, alcanzará su cumbre en los años 1791-1792, coincidiendo con los índices más positivos de las exportaciones catalanas y, en general, con las favorables perspectivas económicas del Principado que ya se habían iniciado en 1788, año que marca, como indica

Cuadro n. 3

## Volumen de ventas por ciudades (1790-1804)

<i>Ciudad</i>	<i>Reales vn.</i>	<i>% sobre el total de rvn.</i>	<i>n. ejemplares enviados</i>	<i>% sobre el total de ejemplares</i>
Cádiz	266.976	43,95	99.283	44,--
Valencia	141.470	23,29	44.327	19,60
Cartagena	82.350	13,55	30.088	13,33
Málaga	29.993	4,93	21.504	9,53
Alicante	29.228	4,81	11.367	5,04
Murcia	19.438	3,2	6.974	3,09
Madrid	12.272	2,02	1.873	0,83
Orihuela	10.031	1,65	3.617	1,6
Alrededores(?)	5.332	0,91	1.045	0,46
Sevilla	3.794	0,62	796	0,35
(sin identificar)	3.044	0,50	813	0,36
Jerez de la Frontera	2.363	0,38	3.648	1,63
Zaragoza	1.124	0,18	245	0,11
Total enviados			225.580	99,98

(Fuente: Libro copiador de facturas de la Casa Piferrer)

Pierre Vilar, el comienzo de una nueva fase del desarrollo económico catalán<sup>83</sup>.

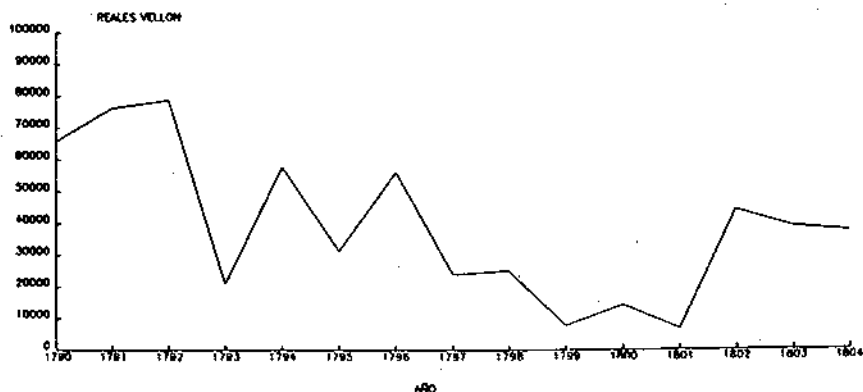
Las cifras correspondientes a las ventas efectuadas entre 1790 y 1792 suponen el 37% del total de ventas realizadas hasta el año 1804 (gráfico n. 1). En estos tres años la casa Piferrer facturó casi 90.000 libros de los cuales 44.705 fueron enviados a Cádiz y 20.452 a Valencia, lo que representa un 50% y un 22,7% del total de ejemplares enviados a las diversas ciudades, y casi un 45,8% y un 27,7% de los ingresos obtenidos por el mismo concepto respectivamente<sup>84</sup>. La importancia del comercio con estos dos puertos que reflejan las cifras, resaltan mucho más las graves consecuencias que tuvo la guerra contra la Convención Francesa (1793-1795) que afectó particularmente a las ventas a ambas ciudades.

En términos generales, en el primer año del conflicto las ventas cayeron en un 73,3% para recuperarse en 1794 en un 52,2% y volver a descender en 1795 en un 40% siempre con respecto a 1792, año de máximos ingresos. Así, el conjunto de estos tres años de guerra supuso un 48,61% menos que lo vendido entre 1790 y 1792. Una situación adversa que no únicamente respondía a razones comerciales o problemas de política exterior. En 1790, tras el impacto de la Revolución Francesa se abrió un período de estrecha vigilancia de toda actividad intelectual que prescindía de cualquier tipo de interés o atención por



el desarrollo de la manufactura librera o la facilitación de su difusión, un control que entorpecía las relaciones comerciales provocando las frecuentes protestas de comerciantes y libreros<sup>85</sup>, y que era la respuesta a la circulación de obras "peligrosas" de tipo político y filosófico atentatorias contra la autoridad divina del monarca. La guerra contra Francia reforzó aún más las medidas de control entorno a la entrada de libros, con una especial atención por el puerto de Cádiz.

Gráfico n. 1



Valor total en reales de vellón de los libros enviados (1790-1804)\*

\* No se incluye en esta gráfica otros artículos enviados, como papel o plumas de escribir, y cuya incidencia en el conjunto total de los envíos es poco apreciable. (Fuente: Libro copiador de facturas de la Casa Piferrer.)

Los almacenes de la librería Piferrer albergaban en 1794, 255.678 volúmenes de libros y ejemplares de comedias, lo que supone un considerable e inmovilizado capital invertido por el conflicto bélico. Las dificultades financieras (suma de los efectos de la guerra y de un elevado número de facturas impagadas<sup>86</sup>) y el deseo de no seguir ampliando un stock de libros que no se sabe cuando puede tener salida para su venta, llevó a reducir la edición e impresión de libros e impresos a casi la mitad en 1793 y 1794 en relación a lo producido en los tres años anteriores.

Tras la paz firmada con Francia en julio de 1795 vuelve a recuperarse sensiblemente a lo largo del año siguiente pero sin llegar ni siquiera a superar las ventas de 1794. Una recuperación que también se refleja en el número de impresiones realizadas aunque tampoco alcanzaran éstas el nivel conseguido entre 1790 y 1792.

Pero esta breve y relativa recuperación que supone un aumento de 31.906 en reales de vellón en 1795 a 57.868 al año siguiente, volverá a

interrumpirse con el inicio el 7 de octubre de 1796 de la guerra contra Inglaterra, conflicto que se alargaría hasta 1802. La derrota de la Armada Española en cabo San Vicente en febrero de 1797 y posterior bloqueo del puerto gaditano hasta 1799 impidió cualquier tráfico comercial con esta ciudad. Valencia fue la única localidad que mantuvo relaciones con los Piferrer a lo largo de todo el período que recoge el libro de facturas. Las consecuencias del cerco a Cádiz se reflejan en unos datos bien reveladores: De 1797 a 1801, se facturaron 80.393 reales de vellón, lo que significa un 13,2% sobre el total de la facturación entre 1790 y 1804, mientras que en el período que va de la firma de la paz de Amiens en marzo de 1802 a fines de 1804 el volumen ascendió a 127.752 reales, un 21% sobre el total de los catorce años estudiados. Las dificultades en la liquidez de la empresa, a las que ya hacíamos referencia, a lo largo del conflicto con Francia, reaparecen aquí para sumarse a la nueva situación de crisis. En 1796 Juan Francisco Piferrer hipotecaba la mayor parte de sus propiedades agrarias para responder a la dote de 13.000 libras que le correspondía a su hermana Josefa por derechos paternos y maternos<sup>87</sup>. Al año siguiente, y en este contexto de crisis, se veía obligado a tomar un censo: *"Y atenent a que me han sobrevingut algunas urgencies en ma Casa no he trobat medi més expedit que prendre a fer censals las ditas mil quatrecentas vint y sinch lliuras que han ofert deixarme dits reverents comunitaris de Sant Just y Sant Pastor"*<sup>88</sup>. La producción tipográfica de la imprenta se redujo a su mínima expresión, sólo veinte libros de más de cien páginas hemos localizado impresos entre 1797 y 1804. En éste último año se declaraba en quiebra la casa Piferrer<sup>89</sup>, coincidiendo con la etapa de crisis de 1804-1807 que llevaría a la ruina a las manufacturas catalanas<sup>90</sup>.

Pero la librería-imprenta Piferrer no se cerró. No tenemos todavía elementos suficientes para explicar la forma en que se enfrentó a tan crítica situación, aunque sí podemos reconocer algunas consecuencias de ella: la imprenta redujo la producción de libros, se estancó toda renovación o ampliación del catálogo de libros impresos producidos en ella y se canalizaron los capitales hacia la adquisición de tierras, inversión que desde siempre había interesado a los Piferrer, pero que habían procurado que la acumulación de propiedades agrarias se produjera más por la vía del enlace matrimonial que por su compra.

En 1806 la economía de la imprenta recibía otro duro golpe. La "Gaceta" de Barcelona dejaba de aparecer por Real Orden en la que se argumentaba que no era más que una copia de la de Madrid, con lo que se perjudicaba a la imprenta real. La publicación de un periódico suponía para un librero-editor la seguridad de obtener un rápido reemplazamiento de capital con la consiguiente fluidez financiera que junto

con un amplio fondo de libros de segura venta, le podía permitir la posibilidad de arriesgar capitales en obras de incógnito éxito editorial. Según Amat y Cortada, 6.000 libras dejó de ingresar Juan Francisco Piferrer con la clausura de la Gaceta barcelonesa<sup>91</sup>.

Para terminar de culminar los últimos quince años llenos de inestabilidades y coyunturas adversas, se iniciaba, en 1808, la Guerra de la Independencia.

La imprenta y librería barcelonesa entraba en una nueva y profunda crisis a principios del siglo XIX en el contexto de la disolución del régimen gremial. Todavía es pronto en el estado de la investigación para aventurar las posibles razones de fondo que la desencadenaron. Pero probablemente, tengamos que referirnos a su vez a la crisis del viejo modelo de manufactura concentrada que unía en *"una sola estructura financiera y editorial todos los riesgos e inconvenientes de la producción, de la proyección y difusión del libro"*<sup>92</sup>. La casa Piferrer es un ejemplo de ello: imprenta, librería, producción de papel, edición, distribución comercial. Demasiados roles. Como nos recuerda Eugenio di Rienzo, la auténtica vía moderna correspondió a una estructura ágil y eficiente, que separaba netamente el estudio del editor del taller tipográfico, verdadero impedimento para un editor punta, sobre todo cuando se repetían períodos de estancamiento del mercado<sup>93</sup>.

Habrà que prestar atención también a la estructura y funcionamiento interno de las imprentas que, en los viejos talleres artesanales, seguirán organizados en aglomeraciones desordenadas de componedores e impresores que imprimen los pliegos de los libros sin demasiado orden e impidiendo un aumento de la productividad, o al mantenimiento de unas relaciones de trabajo alejadas del salario.

Temas como el tamaño y disposición del mercado interior, la conquista del mercado americano, la introducción de nuevas técnicas o una nueva valoración del trabajo intelectual son cuestiones necesitadas de estudio para poder llegar a conocer el cuadro global de la fase final del viejo negocio y la aparición de un nuevo tipo de empresa.

Aunque la librería Piferrer, según los testimonios de los contemporáneos, siguió siendo hasta la década de los sesenta del siglo XIX una de las más grandes de la Ciudad Condal, quedó apartada de los cambios e innovaciones que se introdujeron en la imprenta barcelonesa a partir de los años treinta y que la llevarían *"de la manufactura a la industria gráfica"*<sup>94</sup>.

- <sup>1</sup> Armando Petrucci, "Per la storia dell'alfabetismo e della cultura: metodi-materiali-quesiti", en "Alfabetismo e cultura scritta", *Quaderni Storici*, 38, Ancona, maggio/agosto 1978, pp. 451-465. Este artículo junto con el de Adriana Lay "Libro e societa' negli stati sardi del settecento" en "Intellettualli e centri di cultura", *Quaderni Storici*, 23, Ancona, maggio/agosto 1973, pp. 439-469, inspiran, teórica y metodológicamente, una parte importante de nuestro trabajo.
- <sup>2</sup> Lay, op. cit., pp. 443-453.
- <sup>3</sup> Necesitamos, pues, cuantificar la extensión del conocimiento individual de las técnicas de leer y escribir y su expresión social, para aproximarnos a la relación que se establece con la difusión social del libro, sobre todo en su sentido de posesión particular (bibliotecas privadas). Este punto, como nos recuerda J. Queniat, tiene una especial trascendencia ya que la apropiación individual de lo impreso es el umbral cultural más importante después del nivel de alfabetización. En él se abordan las relaciones que intervienen en los procesos de imposición y/o difusión cultural entre la cultura dominante y la mentalidad. Vs. Jean Queniat, "L'utilisation des inventaires en historie socio-culturelle" en *Les Actes Notariès. Source de l'Histoire Sociale XVIe-XIXe siècles*. Strasbourg, Ed. Istra 1979, p. 120.
- <sup>4</sup> Lay, op. cit., p. 449.
- <sup>5</sup> Pere Bohigas, *El libro español. Ensayo histórico*, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1962, p. 258. Inocencio Ruiz Lasala, *Joaquín Ibarra y Marín (1725-1785)* Zaragoza, 1968. Inmaculada Urzainqui y otros, "La producción de libros de 1745 a 1755: contribución a una encuesta bibliográfica", *La época de Fernando VI*, Cátedra Feijoo-Textos y Estudios del siglo XVIII, n. 9, Universidad de Oviedo, 1981, p. 24. Francisco Aguilar Piñal, "El mundo del libro en el siglo XVIII", conferencia dictada en la Universidad de Sevilla, 1985. François López, "Gentes y oficios de la librería española del siglo XVIII", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, XXXIII, n. 1, 1984, p. 185.
- <sup>6</sup> Sobre la familia catalana, véase Ricardo García Cárcel, *Historia de Cataluña. Siglos XVI-XVII*. vol. I, *Los caracteres originales de la historia de Cataluña*, Barcelona, Ariel, 1985, pp. 191-200.
- <sup>7</sup> Cit. Archivo Histórico de Protocolos de Barcelona-AHPB, Notario Ramón Cortes Sort, manual (1793) capítulos matrimoniales de Juan Fco. Piferrer y Mariana Despau, fol. 108. Cit. testamento de Teresa Piferrer, AHPB, Not. Mariano Avellà, man. contr., 1764, fol. 20-24. La excepción a la práctica corriente de establecer estrictas disposiciones testamentales referidas a la propia familia, la encontramos en la última voluntad de Joan Piferrer, AHPB, Not. Félix Avellà, testamentos libro 2 (1738-1755), 1743, fol. 63.
- <sup>8</sup> Codicilio de Eulàlia Piferrer, AHPB, Not. José Félix Avellà Navarro, manual 2 (1793), fol. 225. Inventario post mortem, AHPB, Not. Ramon Cortès i Sort, manual 1794, fol. 4-118.
- <sup>9</sup> Vs. como ejemplos AHPB, Not. Félix Avellà, manual (1740), fol. 160; Not. Mariano Avellà, manual (1766), fol. 238; Not. Francisco Madriguera Galí, manual de comuns (1776-1785), 25-11-1783. Se hace difícil establecer con precisión el significado de los términos con los que se denominaban las personas relacionadas con el mundo del libro. En torno a esta imprecisión terminológica, vs., F. López, op. cit., pp. 169-170.

- <sup>10</sup> Archivo de la Corona de Aragón (ACA), R. Aud., Cartas Acordadas, reg. 558 (1763), "Nombramiento para el cargo de Impresor Real de Tomàs Piferrer". ACA. R. Aud., reg. 474 (1763), fol. 325-326. Véase también ACA, R. Aud., Villetes, reg. 1005 (1763), fol. 304. Diez años antes de su definitiva obtención, Tomàs remitió un memorial a la Real Audiencia pidiendo esta privativa, pero no le fue concedida. Vs. ACA, R. Aud., vol. 474, fol. 325-326.
- <sup>11</sup> Roberto Fernández, "La burguesía barcelonesa en el siglo XVIII: la familia Glòria", en *La economía española al final del Antiguo Régimen. II. Manufacturas*, Pedro Tedde (ed.), Barcelona, Alianza Universidad Textos, 1982, pp. 10-11.
- <sup>12</sup> Joan B. Batlle, "La llibreria Piferrer de Barcelona 1698-1894" en *L'Arxiu*, Barcelona, Llibreria de Joan B. Batlle, març 1929. Angel Millà, *Libreros y bibliófilos barceloneses del siglo XIX*, Barcelona, Gremio de Libreros de Barcelona, 1956, p. 14-15. Vs. Doc. cit. en nota 7, testamentos de Joan y Teresa Piferrer. Sorprende el hecho de que Joan nombre heredera a su esposa (y no lo más corriente, usufructuaria), pudiendo hacer "*las parts iguals o desiguals dexantho tot a un y res als altres, molt al un y poch als altres de modo y manera, que be aparexerà a dita muller mia...*".
- <sup>13</sup> Sobre Nicolás Piferrer, véase Félix Torres Amat, *Memorias para ayudar a formar un Diccionario Critico de los escritores catalanes*, (Barcelona, 1836), Barcelona, 1973, Curial, p. 483.
- <sup>14</sup> Los Piferrer fueron accionistas de esta compañía con 4 acciones de 1.500 reales cada una en 1764 (AHPB, Not. José Mariano Avellà, manual (1764), fol. 72), y 7 acciones de igual valor en 1775 (AHPB, Not. José Mariano Avellà, manual (1775) fol. 311). Antonio Piferrer ocupó en ella el cargo de contador. Vs. prólogo de A. Rodríguez Monino, p. XIV, en Juan José Sigüenza y Vera, *Memoriales tipográficos (1804-1826)*, Valencia, Castalia, 1949.
- <sup>15</sup> Vs. nota 7, testamento de Teresa Piferrer.
- <sup>16</sup> Pedro Molas, *Los gremios barceloneses del XVIII*, Madrid, CECA, 1970, p. 108. Vs. también su tesis doctoral origen del libro citado, Universidad de Barcelona, vol. I, p. 331.
- <sup>17</sup> Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona (AHCB), Fondo Notarial, serie IX-4. "Comptes de tot lo que han treballat en la estampa Josep Santenach, Miquel Pardols, Feliu Pons (1737-1746) y Josep Picart (1746-1748)".
- <sup>18</sup> Sobre la venta de este molino situado en Ripollet y las tierras adjuntas, vs. Josep M. Madurell i Marimon, *El paper a les terres catalanes. Contribució a la seva historia*. Barcelona, Fundació Salvador Vives Casajuana, 1972, vol. II, p. 737. Sobre el pleito con el impresor Giralt, vs. AHPB, Not. Félix Avellà, manual (1745), fol. 242 bis.
- <sup>19</sup> En torno al tema del acceso a la maestría y las diferencias entre maestros ricos y maestros-mancebos y oficiales, vs. Molas, op. cit., p. 75-77 y 125. Sobre la transmisión del oficio de padres a hijos, y la familia como lugar de obtención de mano de obra, vs. Fernandez, op. cit., p. 19.
- <sup>20</sup> Vs. Jacques Rychner, (Le travail de l'atelier) en *Histoire de l'edition française*, Promodis, 1987, vol. II, p. 58.
- <sup>21</sup> Fernandez, op. cit., p. 19.
- <sup>22</sup> Batlle, op. cit.

- 23 Ramon Jordi González, "Mancebos boticarios en el siglo XVIII", *Anales de la Real Academia de Farmacia de Barcelona*, XXXVII, Barcelona, 1971. Del mismo autor, "Boticas y boticarios barceloneses del siglo XVIII, según el catastro personal de 1716", *Boletín informativo de Circular Farmacéutica*, Barcelona, n. 105, agosto 1978, pp. 43-53. Molas, op. cit., p. 48-49. Fernandez, op. cit., 21.
- 24 Cf. nota 10. También en ACA, R. Aud., Diversorum, libro 4, 1763, fol. 151.
- 25 No sabemos concretamente el año en el que el Santo Oficio en la ciudad de Barcelona efectuó su nombramiento, ni tampoco el de su mujer. Es a través de la designación de Juan Francisco que se nos informa de la posesión anterior del cargo por parte de sus padres. Documentación particular de la familia Piferer (DPFP), Vilassar de Dalt, Libro de privilegios y papeles oficiales, fol. sn, 19 de mayo 1794.
- 26 AHPB, Not. José Mariano Avellà, manual (1774-1775), fol. 143-144; Not. José Félix Avellà Navarro, manual 2 (1793), fol. 225.
- 27 Sobre el papel de los administradores de "botiga" aunque referidos al comercio de paños, vs. Molas, op. cit., p. 325-326.
- 28 Entró Juan Sellent en el gremio de libreros no precisamente respetando con rigor lo establecido en las ordenanzas del mismo. Aprovechando que el común, como casi siempre, estaba muy corto de fondos, y siendo "*capas per obtenir la mestria y fer lo examen rigoros de llibreter, que a no estar tan ocupat en lo carrech de la administració de la botiga de Casa Piferer ho hauria practicat, ofereix que exonerantlo del material del examen y fent y presentant una pessa negra y altre de pergami fetas de sa propia ma als consols y los papers corresponents ofereix al gremi la quantitat de sisanta lliures barcelonesas*". El gremio aceptó, pero cobrando setenta. vs. AHPB, Not. Fco. Madriguera Galí, manual comuns (1776-1785), 25 de noviembre de 1783. Inventario de la librería de Juan Sellent, AHPB, Not. Josep M. Torrent, manual (1829), fol. 154-165.
- 29 Juan Grassot era miembro de una destacada familia de comerciantes matriculados, que Roberto Fernández situa en el grupo intermedio (los "caballeros" de la burguesía) entre la "aristocracia" burguesa de Barcelona (no más de diez o quince casas comerciales) y la amplia base de lo que denomina los "hidalgos" de la burguesía. Vs: R. Fernandez, *La burguesía comercial barcelonesa en el siglo XVIII*, Lérida, Estudi General de Lleida-Universidad de Barcelona, 1987, tesis doctoral inédita, vol. II, p. 580, 605-607; y vol. IV, p. 1312.
- 30 AHPB, Not. José Félix Avellà Navarro, manual 2 (1793), fol. 225.
- 31 AHPB, Not. Ramón Cortés Sort, manual (1792), fol. 350. Capítulos matrimoniales en el mismo notario, manual (1793), fol. 108-110.
- 32 AHPB, Not. Fco. Madriguera Galí, manual (1788), fol. 231.
- 33 Angels Sola Parera, *L'elit Barcelonina a mitjans del segle XIX*, tesis doctoral, Universidad de Barcelona, vol. II, pp. 473-474.
- 34 Nunca fue aceptada la presencia en el gremio de los impresores, considerados trabajadores manuales y a los que sólo se incluían en él a efectos fiscales. No pudieron nunca formar gremio independiente por la férrea oposición de sus colegas libreros y hasta que no fueron aprobadas unas nuevas ordenanzas en 1788 no estuvieron efectivamente agrupados en un sólo colegio. Sobre el concepto de "colegio" y su significación, vs. Molas, op. cit., p. 46-53.

- <sup>35</sup> Eugenio di Rienzo, "Intellettuuali e impresa editoriale nel primo ottocento", *Studi Storici*, aprile-giugno, 1981.
- <sup>36</sup> López, "Gentes y oficios...", p. 168.
- <sup>37</sup> Ejemplos de proyectos de gran interés que habrían reportado un indudable beneficio a la industria del libro y, en consecuencia, al progreso cultural del país, pero a los que se hizo oídos sordos en la Corte, son el del impresor Antonio Bordazar y los de fray Martín Sarmiento. En el primero se proponía la creación en España de un taller para imprimir en él los libros del Nuevo Reza-do exponiéndose las características del mismo y los costos de su puesta en marcha (vs. F. López, "sobre la imprenta y la librería en Valencia en el siglo XVIII", *La Ilustración Española*, Actas del Coloquio Internacional celebrado en Alicante, 1-4 oct. 1985, A. Alberola y E. La Parra (ed.), Alicante, Instituto Juan Gil Albert, 1986, pp. 209-221). En el segundo, el padre Sarmiento daba a conocer en dos escritos un ambicioso plan de red de bibliotecas públicas y un completo programa de política de protección del libro. ("Papeles del padre Martín Sarmiento. Sobre los Libros y Reflexiones Literarias para una Biblioteca Real y para otras Bibliotecas Públicas". Biblioteca de Catalunya (BC), Reserva, Ms. 1698.)
- <sup>38</sup> Véase Jaume Moll, "Implantació de la legislació castellana del llibre als regnes de la Corona d'Aragó", *Estudis històrics i documents dels Arxius de Protocols*, Colegio Notarial de Barcelona, VIII, 1980, pp. 165-169. Sobre la salida de lienzos, ACA, R. Aud. Consultas, reg. 124, "Suplica de impresores y librerros y de los que fabrican papel para no dejar salir ni embarcar en parte ninguna del Principado los lienzos de hacer papel", fol. 52-53. Sobre las medidas para evitar su salida, Vs. Archivo del Ministerio de Hacienda (AMH), Catálogo de Ordenes Generales de Rentas (Ogr.), tomo I, (siglo XVIII), Madrid, 1950, véase 2/7/1737 (n. 608); 3/5/1756 (n. 1435); 5/10/1765 (n. 1971); 8/9/1767 (n. 2128); 30/4/1773 (n. 2503); 24/7/1776 (n. 2666) y 4/4/1778 (n. 2755). Vs. Madurell, *ibidem*.
- <sup>39</sup> Vs. BC, Fondo de Fullets Bonsoms y Bonsoms.
- <sup>40</sup> Se expidió la Real Cédula de nombramiento de Texidor el 13 de marzo de 1716. He visto una copia manuscrita en el Fondo de la familia Piferrer, op. cit., fol. sn. ACA, R. Aud. Diversorum, 1735-1736, fol. 97.
- <sup>41</sup> BC, F. Bon. 2977, "Privilegio de Carlos III concediendo a los Figueró padre e hijo, impresores, el título de Impresor Real, y objeciones hechas con este motivo por la cofradía de librerros e impresores de Barcelona", enero-febrero de 1706, 6 hs.
- <sup>42</sup> Biblioteca Pública Universitaria de Barcelona (BPUB), Archivo de la Universidad de Cervera (AUC), 130/1166.2 "Privilegio perpetuo privativo de una imprenta para libros de la común enseñanza". Jaime Carrera Pujal, *La Barcelona del siglo XVIII*, Barcelona, 1951, t. II, pp. 124-127.
- <sup>43</sup> AHCB, Gremios, Catastro personal, 1729-1730, "Carta". cf. nota 22. Sobre la crisis de los años treinta véase la información puntual de Pedro Molas, *Los gremios barceloneses del siglo XVIII*, op. cit., pp. 80, 135 y 151.
- <sup>44</sup> ACA, R. Aud. Cartas Acordadas, reg. 566, (1771), fol. 315-323, cit. 318. Listas de libros de la privativa de la Universidad de Cervera, BUPB, AUC, 268/473.1, 2 y 3.

- <sup>45</sup> Batlle, op. cit. Ya en 1718, Juan Piferrer sólo era superado en el pago del repartimiento por casas (correspondiente a su casa y tienda) de los veintitres que aparecen recogidos en la lista de dicha tasa, por el prolífico impresor Rafael Figueró. Los mejor situados después de Figueró y Piferrer eran por éste orden, Francisco Sopera, Francisca Veguer (viuda), Baltasar Ferrer y algo más distanciado Pau Martí. AHCB, Catastro, Repartimiento por casas, censos y censales, 1718, vol. 16.
- <sup>46</sup> AHCB, Gremial, Catastro personal, 1729. AHCB, Gremial, Llibre de Consells de la Confraria de St. Jeroni dels Llibreters (1731-1737). AHCB, Gremial, Catastro personal, 1729-30.
- <sup>47</sup> AHPB, Not. Félix Avellà, capítulos matrimoniales 2, 1735-1743, fol. 32-39.
- <sup>48</sup> El molino estaba situado en Ripollet, vs. Madurell, *El paper a les...*, pp. 891-892. Sobre los molinos de los que se procuró papel, el de Sant Esteve de Palautordera, AHPB, Not. Félix Avellà, manual contratos (1751 y 1752), fol. 234-235; y el de Sant Vicenç dels Horts, AHPB, Not. Ramon Cortès i Sort, manual (1794), fol. 112.
- <sup>49</sup> Esta era una práctica frecuente dados los escasos capitales disponibles, insuficientes para que una sola persona se enfrentara a la producción de obras de un tamaño considerable.
- <sup>50</sup> Cit. nota 17. En estos dos cuadernos de cuentas que van de 1738 a 1748 puede apreciarse el importante lugar que ocupa este tipo de producción.
- <sup>51</sup> En 1758, la mayoría de mercaderes de libros de Barcelona mantenían contactos, además de con Lisboa, con Venecia, Roma, París, Amberes y Perpiñán, entre otras ciudades europeas. Vs. Iris M. Zavala, *Clandestinidad y libertinaje erudito en los albores del siglo XVIII*, Barcelona, Ariel 1978, pp. 349-350.
- <sup>52</sup> Francisco Aguilar Piñal, "La cultura en el reinado de Fernando VI", en *La época de Fernando VI*, Cátedra Feijoo-Textos y Estudios del siglo XVIII, n. 9, Universidad de Oviedo, 1981, pp. 297-313. López, op. cit., p. 185.
- <sup>53</sup> Aguilar Piñal, *ibidem*, p. 306.
- <sup>54</sup> Lucien Lebvre - Henri-Jean Martin, *L'Apparition du livre*, París, Albin Michel, 1958, pp. 385 y ss. H.J. Martín, "Les espaces de la vente à Paris à l'époque artisanale", *Le Livre français sous l'Ancien Régime*, Nantes, Promodis, 1987, pp. 90-91. Lay, op. cit., p. 456-457.
- <sup>55</sup> Nombramiento de Tomas Piferrer, vs. nota 10. Nombramiento de Eulàlia. ACA, R. Aud., Diversorum, reg. 891 (1775), fol. 256-259. Sobre la condonación de la deuda, AHPB, Not. José Félix Avellà Navarro, manual (1792) fol. 399-402 y DPPP, Libro de privilegios y papeles oficiales, 4 de febrero 1790. Nombramiento de Juan Francisco, vs., ACA, R. Aud., Diversorum, libro 6, fol. XXII. Tanto Tomás como Eulàlia tuvieron que "competir" con otros impresores para conseguir el cargo. ACA, R. Aud., Cartas Acordadas, reg. 474 (1753) "Memoriales para ocupar el oficio de Impresor Real". ACA, R. Aud., Villetes, reg. 1005 (1775), "Memoriales de los pretendientes al oficio de impresor real".
- <sup>56</sup> AHCB, Libros de Acuerdos, 1763-1801.
- <sup>57</sup> Además del pie de imprenta de los papeles inquisitoriales impresos por los diferentes Piferrer, el documento que nos da noticia de la posesión de este oficio corresponde al nombramiento de Juan Francisco, DPPP, Vilassar de Dalt,



"libro de privilegios y papeles oficiales", fol. sn., 19 de mayo de 1794. Ibid., para el nombramiento como impresor episcopal.

- 58 Juan Pablo Piferrer, primo de Tomás, fue mayordomo del Colegio de Nobles de Cordelles. En 1771 Tomás le otorgaría un poder para que le representara. Lo curioso es que en esta procura aparezca con tal cargo habiendo sido disuelto el Colegio tras la expulsión de los jesuitas en 1767. Es probable que mantuviera, junto con su puesto, la antigua denominación, aunque los locales de aquella institución pasaran a ser ocupados por el Colegio Episcopal. AHPB, Not. Mariano Avellà, manual contratos (1771), fol. 216.
- 59 La familia mantuvo unas estrechas relaciones con el ámbito eclesiástico. Rectores parroquiales, clero regular, capellanes de ejército aparecen en las listas de deudores de los Piferrer. Vs. AHPB, Mariano Avellà manual (1764) "Inventario de los bienes de Juan y Teresa Piferrer -lista de deudores" fol. 70-72. Estas relaciones y su cargo como impresor del Santo Oficio nos ha puesto sobre aviso en el análisis que estamos realizando de los fondos de sus librerías (inventarios de 1764, 1775 y 1794) a la hora de valorar la presencia o no de libros prohibidos. Un bajo porcentaje de éstos en relación con otras librerías de la ciudad podría explicarse por esta razón, lo que no implica que no tuvieran problemas con la Inquisición. Por ejemplo, las implicaciones de Eulàlia Piferrer en la impresión y distribución del romance "Mandamientos burlescos", Archivo Histórico Nacional (AHN), Secc. Inquisición, Consejo Supremo, calificaciones y censuras, leg. 4478, n. 3 y 4.
- 60 Francisco Rico y Amadeu J. Soberanas, *Nebrija a Catalunya. Exposició commemorativa en el cinquè centenari de les "Introductiones Latinae"*, Barcelona, Biblioteca de Catalunya, diciembre 1981.
- 61 En el inventario de 1775 de la imprenta-librería se contabilizan muchos títulos bajo privativa de Cervera y además se hace referencia a setenta y tres raimas y media de libros del estanco universitario. vs. AHPB, Not. José Mariano Avellà, manual(1775), fol. 283.
- 62 Habrá que esperar al estudio de Roberto Fernández sobre las bibliotecas de los comerciantes matriculados para confirmar o relativizar esta afirmación. Sobre Santa María del Mar, vs. Molas, op. cit., p. 104.
- 64 A. García Espuche y M. Guardia i Bassols, "Introducció a l'estructura física de la Barcelona de principis del segle XVIII", *Primer Congrés d'Història Moderna de Catalunya*, Barcelona, 1984, vol. I, pp. 675-680. Vs. también de los mismos autores, *Espai i societat a la Barcelona pre-industrial*. Barcelona, Ed. La Magrana, 1985, pp. 47-74.
- 64 AHCB, Fondo Comercial, "Diario de Navegación... del bergantín El Doloroso alias La Paysana de Barcelona", AC-B-404. AHCB, Fondo Comercial, "libros de cuentas de la fábrica Sires" (1779-1782). (B-241 a B-244) Sobre la Gaceta de Barcelona, véase Carrera Pujal, op. cit., p. 130 y 142. Acerca del eclecticismo de la oferta librera, vs. Lay, op. cit., 456-459.
- 65 Vs. Nota 59 y 61 (inventarios 1764 y 1765, fol. 72 y fol. 311, respectivamente).

AHCB, Compañía de Seguros Marítimos. Pactos y condiciones (1772), B. 1772 8 op. 1. Francisco López Jordà, *Los inicios de las Compañías de Seguros en Barcelona (1772-1787)*, Barcelona, 1974, tesis de licenciatura inédita. Fernández, *La burguesía comercial barcelonesa en el siglo XVIII*, Lérida, Universidad de Barcelona, 1987, tesis doctoral inédita, 4 vol.

- 66 AHPB, Not. Lorenzo Madriguera, manual consells de confraries (1750-1755), idem., reg. 2 (1756-1776). ACA, R. Aud. Nombramientos, reg. 972 (1769-1792).
- 67 AHPB, Not. Lorenzo Madriguera Famades, manual de consultes, reg. 2 (1756-1776) "Nombramiento de los comisionados para hacer nuevas ordenanzas", 6 diciembre 1763. AHPB, ibid., manual (1764), "Procura a Tomás Piferrer para que represente ante SM las nuevas ordenanzas" 22 agosto 1764. ACA, R. Aud. Cartas acordadas, reg. 559, (1764), fol. 247. AHPB, Not. Fco. Madriguera Galí, manual libro 2, cofradías gremiales, (1786-1796), sp. 28 de abril 1788.
- 68 AHPB, Not. Fco. Madriguera Galí, manual 1793, reg. 1, fol. 343. BC, Fondo Junta de Comercio, leg. 69, caja 96 (doc. 9-10).
- 69 De los catorce inventarios de librerías que hasta el momento hemos localizado de la segunda mitad de siglo, sólo los dos citados nos informan de unas relaciones comerciales bastante intensas. De la imprenta Martí salió una buena parte de la producción editorial catalana del XVIII, y en el caso de Sopera conocemos su activa presencia en las compañías de impresores y libreros que se formaron. Las procuras de ambas librerías vienen a confirmar esa actividad comercial. De hecho, todos los documentos de 1770 en adelante nos muestran que la librería Piferrer y la Martí son las más poderosas del gremio, y sus inventarios los más voluminosos a gran distancia del resto. Cit. inventario 1775 de Tomás Piferrer; AHPB, not. Lorenzo Madriguera Famades, manual (1770), "Inventario de los bienes de la difunta M. Angela Martí Vda.", fol. 237-389. Hasta el momento, no hemos logrado localizar los inventarios de Carlos Gibert Tutó, Francisco Ribas y Francisco Suria, y que por la documentación que poseemos podrían ser candidatos a ocupar un destacado puesto entre los mercaderes de libros. El caso de Pau Campins, que la profesora Iris M. Zavala considera la cabeza del tráfico comercial librero en Barcelona a mediados de siglo, interesa especialmente ya que su testamento nos muestra un Campins pobre y endeudado. AHPB. Not. José Gerardo Sayrols, manual test. 1779. Véase Zavala, op. cit., p. 350.
- 70 Solamente de los Bro y los Oliva, las dos familias que ocupan la parte más importante de la historia de la imprenta gironina en el XVIII, poseemos información, vs. Enric Mirambell i Belloc, "Els impressors Gironins de la família Oliva", *Annals de l'Institut d'Estudis Gironins*, vol. XXVI, 1982-83, pp. 159-208. "La família Bro, d'impressors gironins", ibid., vol. XXVII, 1984, pp. 249-311.
- 71 Montserrat Ventura está llevando a cabo una investigación sobre los niveles de alfabetización en Cataluña. Los resultados de su encuesta junto con un estudio de la presencia del libro en las casas particulares, nos permitirá en el futuro realizar una valoración más ajustada de la situación de la cultura escrita en la Cataluña del XVIII. M. Ventura, *Lletrats i illetrats en una ciutat de la Catalunya moderna: Mataró 1750-1800*, Universidad de Barcelona, febrero 1986, tesis de licenciatura inédita. Sobre el modelo meridional de alfabetización en el que cabría incluir el caso español, vs. Roger Chartier, "La respuesta de las poblaciones: retroceso de lo sagrado y nueva sensibilidad" en *Europa siglos XVI-XVIII. Historia Universal Salvat*, Barcelona, Edit. Salvat, 1980, pp. 331-337. Véase también sobre el modelo español, A. Viñao Frago, "La historia de la alfabetización a través de las fuentes notariales. Aportaciones provisionales sobre el proceso de alfabetización en Murcia (1760-1860)", en *Aproximación*

- a la investigación a través de la documentación notarial, Murcia, Cuadernos del Seminario Floridablanca, n. 1, 1985, pp. 36-37.
- 72 Un trabajo en el que se le reconoce a la Real Orden de 2 de junio de 1778 un efecto multiplicador para la imprenta española, A. Perez Ríoja, "La protección del libro bajo Carlos III. Dos Reales Cédulas de 1778 y otra de 1780", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Madrid, 1953, t. LIX, pp. 243-250.
- 73 AHPB, Not. José Serch y de Boquet, manual (1767) fol. 275-279; (1768) fol. 142-143; y (1776) fol. 124-128 y 130-134. Not. Francisco Madriguera Galí, manual (1785), fol. 547-549 y (1786) fol. 16-17. Fue frecuente la formación de compañías de libreros e impresores en la segunda mitad de siglo. Así tenemos la Compañía de Mercaderes de Libros constituida en Madrid en 1758, que pasaría después a ser la Real Compañía de Impresores y Libreros del Reino (1763), o la compañía valenciana formada en 1759. Véase Ricardo Franch y Antonio Mestre, "La Compañía de Libreros e Impresores de Valencia: finanzas y cultura en el siglo XVIII" en *Revista de Historia Moderna*, "Libros, libreros y lectores", *Anales de la Universidad de Alicante*, Alicante, 1984, pp. 23-46. Por nuestra parte en próximas fechas publicaremos un estudio sobre las compañías barcelonesas.
- 74 AHPB, Not. Lorenzo Madriguera, manual comunes, reg. 2, 1756-1776, 26 de junio de 1771.
- 75 AHPB, Not. Lorenzo Madriguera, manual (1779), fol. 437-438.
- 76 Sobre las dimensiones de los talleres españoles, véase F. López, "Sobre la imprenta...", op. cit., p. 215-216. J. Rychner, "Le travail de...", op. cit., p. 42-45. H.J. Martín, "Les espaces de la vente à Paris à l'époque artisanale", *Le livre français sous l'Ancien Régime*, Nantes, Promodis, 1987, pp. 89-111.
- 77 Rychner, *ibidem.*, p. 49-54.
- 78 Philippe Berger, *Libro y lectura en la Valencia del Renacimiento*. Valencia, Ed. Alfons el Magnànim, 1987, vol. I, p. 88.
- 79 AHPB, Not. Ignasi Claramunt Gavarró, manual (1756-1758), Compañía entre Eudald Paradell y Feliu Pons, fol. 577. Not. Armengol Pinyol Teixidó, manual (1764), Cesión a Piferrer de las matrices de Paradell, fol. 323.
- 80 Los libreros compraban muchos libros sin encuadernar para asegurarse un buen margen de ganancia con la encuadernación. Por otra parte, los impresores-libreros no encuadernaban toda la tirada de una edición dado lo que encarecía el producto este proceso final. Esperaban a que fueran saliendo ejemplares para gradualmente ir encuadernándolos.
- 81 Christiane Berkvens Stevelinck, "L'édition et le commerce du livre français en Europe" en *Histoire de l'édition française*, vol. 2, pp. 305-315. En el mismo volumen H.J. Martín, "Les correspondants des libraires parisiens en Europe", pp. 308-309. La primera noticia que tenemos del comercio de J. Bonnardel y José Simond Bonnardel en Barcelona es de 1768 y corresponde a la concesión de su licencia para comerciar con libros. AHPB, Not. Lorenzo Madriguera, manual comunes, reg. 2, 1756-1776, 25 de abril 1768.
- 82 AHCB, Fondo Comercial, "Libro coprador de facturas de la Casa Piferrer", AC B-1022.
- 83 Pierre Vilar, *Catalunya dins l'Espanya Moderna*, Barcelona, Edicions 62, 1968, vol. IV, p. 85.

- <sup>84</sup> Pierre Vilar nos ofrece el dato de la salida en 1792 de 2.103 docenas de libros destinados al mercado americano. A modo de comparación, señalemos que en el mismo año la casa Piferrer enviaba a Cádiz 1.670 docenas, lo cual nos da una idea de la dimensión del negocio comercial de esta librería. Vilar, op. cit., p. 583.
- <sup>85</sup> Marcelin Defourneaux, *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*, Madrid, Taurus 1973, pp. 107-135.
- <sup>86</sup> Sobre las facturas por cobrar, véase, AHPB, Not. José Félix Avellà Navarro, manual 1792, y Not. Ramon Cortés i Sort, manual 1794.
- <sup>87</sup> AHPB, Not. Ramon Cortés i Sort, manual 1796, fol. 155-160. "Cesión por derechos paternos y maternos e hipoteca de las tierras". AHPB, Not. idem. manual 1797, fol. 61 "Capítulos matrimoniales de Josefa Piferrer".
- <sup>88</sup> AHPB, Not. Ramon Cortés i Sort, manual 1797, fol. 51-52, "Censal".
- <sup>89</sup> AHCB, Not. Fondo Comercial, B-1022.
- <sup>90</sup> Josep M. Delgado Ribas, "El impacto de las crisis coloniales en la economía catalana (1787-1807)", en *La economía española al final del Antiguo Régimen. III. Comercio y Colonias*, Josep Fontana (ed.), Madrid, Alianza Editorial, 1982, pp. 156-169.
- <sup>91</sup> Carrera Pujal, op. cit., p. 141-142.
- <sup>92</sup> Eugenio Di Rienzo, "Intellettuai e impresa editoriale nel primo ottocento", *Studi Storici*, abril-junio 1981, pp. 281. Véase sobre las dificultades que plantea la manufactura librera concentrada, Lay, op. cit., p. 454-457.
- <sup>93</sup> *Ibid.*, p. 281-283.
- <sup>94</sup> Romà Arranz, "De la manufactura a la indústria gràfica", *L'Avenç*, Barcelona, novembre 1986, n. 98, pp. 46-51.

**FRANCESC XAVIER BURGOS R.**

*Professor del Col·legi Universitari de Girona. UAB.*

**MANUEL PEÑA DIAZ**

*Professor INB Montcada i Reixac*